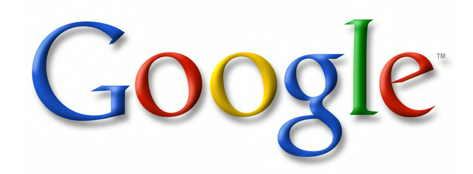


HISTORIA

DEL

MONASTERIO DEL CABALLERO DE GRACIA,

DE RELIGIOSAS

FRANCISCAS DESCALZAS CONCEPCIONISTAS RECOLETAS,

FUNDADO CON EL TÍTULO DE

S. JOSÉ DE JESUS MARÍA

POR

la V. M. Soror Maria de San Pablo en una de las casas de aquel ejemplar Sacerdote, en la calle de su nombre; y del de San Pascual Bailon, hoy de Ntra. Sra. del Olvido, Triunfo y Misericordia y escelso Principe San Miguel en Aranjuez, de Religiosas del mismo instituto, reformadas por la M. R. M. Soror Dolores Maria y Patrocinio, su actual Abadesa.

REDACTADA

POR D. ANTONIO CAPMANI Y DE MONTPALAU.



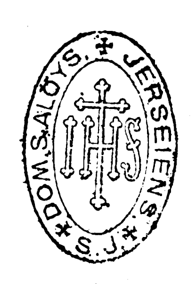


MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1863.




DOM. S. ALOYS. JERSEIENS. S. J.
IHS



NOS EL DR. D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONES,

PRESBÍTERO VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA H. VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC.

Por *la presente, y por lo que á nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la* Historia del Monasterio de Religiosas Concepcionistas Franciscas Recoletas de San José de Jesus María, del Caballero de Gracia, *mediante que de nuestra orden ha sido reconocida, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y mayo diez y siete de mil ochocientos sesenta y dos.*

Dr. Lorenzo.

Por mandado de S. S.,
Juan Moreno,

PROTESTA DEL AUTOR.

Como hijo fiel y obediente de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y en conformidad á los decretos del Smo. P. Urbano VIII, de 1.° de junio de 1631 y de 5 de julio de 1634, protesto no ser mi ánimo en la publicacion de esta Historia del monasterio de San José de Jesus María (el Caballero de Gracia), prevenir en ninguna manera el juicio de la Santa Iglesia; y por consiguiente, que cuanto escribo en ella relativo á profecías, visiones ú otros dones sobrenaturales de personas no canonizadas ni beatificadas, no merece otra fe que la que está fundada en autoridad puramente humana, y por lo mismo es falible, sujetándolo todo al juicio irrefragable é infalible de la Santa Sede Apostólica, de la que me glorío verdaderamente ser hijo y súbdito obediente.

PROEMIO.

Anhelosos investigadores de lo pasado, y no menos aficionados á recojer fragmentos entre las ruinas de lo que existió, henos aquí lanzados á la difícil empresa de hablar de un monasterio que ciertamente no carece de historia, pero que hasta hoy por lo menos no ha habido un escritor que ose levantar la densa cortina del tiempo; de ese tiempo que así oculta á nuestra vista los hechos mas verídicos, como fascina los sentidos al contemplar las cosas que pasan ante nuestros ojos.

La fundacion del monasterio de que vamos á ocuparnos es debida á una hija ilustre de nuestra villa, muger dotada de sublime espíritu y de genio emprendedor, y que sin pretensiones de santidad murió abrasada en el amor divino, dejando en el mundo una huella de virtud muy digna de ser imitada. No se nos oculta por cierto, ni el compromiso que contraemos al hablar hoy del desastroso fin de aquel monasterio, ni el terreno resbaladizo en que nos metemos al narrar las posteriores escenas en él ocurridas; circunstancias ambas que pudieran hacernos aparecer á la vista del lector como sometidos á influencias superiores. Empero no es así, pues á serlo, personas mas autorizadas que nosotros, y de justa reputacion literaria, se hubieran encargado de tan difícil trabajo; y á ser cierta la proteccion, la presente obra hubiera

visto la luz pública engalanada con el mayor lujo, en vez de aparecer cubierta, como hoy aparece, con el ropaje de la modestia y sencillez. Lejos de nosotros la idea de entrometernos en apreciaciones de ningun género, nos limitamos tan solo á narrar los hechos, enteramente desnudos del oropel con que otros quizás los hubieran adornado. Nuestros lectores podrán juzgar esos hechos á su antojo, pues por nuestra parte, y no queriendo separarnos del consejo del Espíritu Santo, nos abstenemos de alabar á personas que todavía pisan la tierra, dejando al tiempo que en su imparcial juicio emita el fallo inexorable, condenando tal vez lo que hoy se encomia, ó enalteciendo lo que se desprecia.

Esta circunstancia ha traido naturalmente á nuestra memoria un hecho ocurrido en un templo de París, y que atestigua mas y mas lo escabroso que es el formar juicios aventurados y sentar proposiciones *à priori*.

Virgilio, el mas ilustre de los poetas latinos; el que en su testamento dejó encargado que se arrojase á las llamas su Eneida; el poeta profano que supo al propio tiempo hacer versos cristianos, dijo: «Que tambien las cosas tienen sus dolores y sus lágrimas.» Y así es la verdad: los ennegrecidos muros de un templo cualquiera saben contar, á quien guste escucharlos, dramas llenos de terneza; y á pesar de su inmovilidad parecida á la de los espectros marmóreos, si en ellos fijamos nuestra vista con veneracion, pronto los veremos avanzarse visiblemente por el camino de los siglos.

Al hablar en este momento de la iglesia de Nuestra Señora de París, que es la que nos ocupa, no vaya á creerse que vamos á hacerlo de una manera científica: ni para ello contamos con el talento y la paciencia de un arqueólogo, ni menos se nos

oculta la parte de pedantería que esto habria de envolver: mas inclinados á las galas de la poesía que al frio raciocinio y severa diccion histórica, emprenderemos nuestro trabajo en un terreno mas florido, mas halagüeño, haciendo que por los poros de aquellos carcomidos y santificados muros se filtre la pátina de los recuerdos depositada por la mano inexorable del tiempo, en cuyo curso los cubriera como de un denso crespon.

Figurémonos por un momento que la iglesia de Nuestra Señora de París no existiese, y que removiendo el polvo de lo pasado socavásemos su suelo en toda la superficie que hoy ocupa; evocando entonces nuestra imaginacion sus mas antiguos recuerdos, la veríamos surgir como por encanto en la parte oriental de la ciudad. Veríamos su primera iglesia fundada hácia el año 365 de nuestra era. Llamábase entonces San Esteban, para servir de memoria al primer martir de la cristiandad, y ser la residencia episcopal de la antigua Luteca. Algun tiempo despues, cuando la poblacíon de París comenzó á aumentarse y se reconoció la pequeñez de aquel edificio, al lado norte de San Esteban se levantó otra iglesia en el año 555, de orden de Childeberto I y por consejo de San German, Obispo de París. Seiscientos ocho años despues, esto es, en 1163, el Pontífice Alejandro III, refugiado á la sazon en la capital de Francia, fué quien colocó la primera piedra de la actual Basílica, cuya antigua fábrica existió por espacio de casi tres siglos.

Despues de la catedral de Reims, la de París pasa por el primer monumento gótico de Francia.

Veamos ahora las peripecias por que ha pasado antes de ofrecernos la reunion de bellezas que nos la presenta como la admiracion de los siglos. Veintidos años antes de haberse

colocado su primera piedra, ya se celebró allí el Oficio Divino. Eudes de Sully, sucesor de Mauricio de Sully, su fundador, activó la obra y la prosiguió sin descanso hasta el 1208, en cuya época se construyó la nave, que es posterior al coro. Acabóse la fachada principal en 1223, antes de terminar el reinado de Felipe Augusto. En 12 de febrero de 1257 se comenzó á edificar el pórtico lateral, que corresponde al Mediodía, y fué dirigido por el arquitecto Juan de Chelles, de orden del Obispo Renaud de Corbeil. El pórtico septentrional se construyó en 1312 con los fondos sacados de la confiscacion de los templarios. Las capillas que rodean al coro son en su mayor parte del siglo XIV; y la puerta roja que está situada no lejos del coro, fué mandada hacer por *Juan sin Miedo*, Duque de Borgoña, en 1419.

La iglesia de Nuestra Señora de París, admirable en su parte esterior, ha sufrido en su interior multitud de sacrílegas restauraciones, que bajo la fascinadora idea de hermosearla, produjeron un desorden arquitectónico que hacia daño á la vista.

Oigamos ahora al escritor Tárrago y Mateos, y pongamos al corriente á nuestros lectores de una de las mas importantes tradiciones que encierra aquel templo.

Hay en la imponente iglesia de Nuestra Señora de París una sombría capilla de maciza arquitectura, casi abandonada, de aplanada techumbre y de luces escasas. Diríase olvidada de los hombres, ó fatídicamente temida por algun acontecimiento estraordinario. Hase llamado siempre, y aún hoy se llama, *Capilla Negra* ó *Capilla del Condenado*.

Antes que esta magestuosa catedral sufriese los tres linajes de ruina que desfiguran actualmente la arquitectura

gótica, sentábanse las viejas y las beatas que iban á Vísperas en el tramo de la Capilla que nos ocupa, derramaban en su interior una mirada recelosa, y acto contínuo se contaban en voz baja una historia terrible, historia que las erizaba los cabellos.

El tiempo y la época encerraban en su seno supersticiones y noticias maravillosas, y de aquí el que la *Capilla Negra* fuese famosa para las honradas gentes de la edad media.

Si tuviéramos que sondear el origen de este horripilante apodo, lucharíamos desde luego con la fábula y la historia, con la crónica y el romance, con un rayo de luz y un torbellino de tinieblas, donde habríamos de confundir la razon con la ignorancia y la verdad con la supersticion.

Las creencias populares, el fanatismo tal vez de una generacion ignorante, donde brotaban algunos genios que iban á oscurecerse en un claustro, ó tal vez historiadores poco pensadores, dieron margen á cuentos y consejas que, arraigándose despues en el corazon del vulgo, se trasmitieron á la posteridad revestidas con los atavíos de los hechos positivos.

Esto es lo que debió suceder con la *Capilla Negra,* ó tal vez un presentimiento filosófico y moral se levantara para corregir las bárbaras costumbres de los siglos medios. ¿Quién es capaz de averiguar las tendencias de aquellos hombres sepultados en una celda, la influencia de una civilizacion esclava, confundida, aplastada bajo las llantas de bronce de las leyes caballerescas ó de las costumbres feudales? ¿Quién es el que, despues de revolver los escasos manuscritos y cronicones de aquella edad, puede deducir con fijeza la verdad, pura, exacta, sin mezcla de ninguna clase, de una

historia que caminaba cargada de cadenas, espantada con el ruido de las batallas, asombrada con tantos torreones, sin risa, sin fisonomía propia, sin vida, y sin hombres que la dieran la mano para arrancarla de tanto abandono?

Ocupada la España por los mahometanos, carecimos del tiempo necesario para crearnos una historia: pero la Francia, donde todo caminaba mas adelantado que en ningun otro pais, no solo habia comenzado ya su obra, sino que habia entrado en ella por la puerta de la mentira y de las supersticiones.

Tal es el principio de todos los pueblos. Los cronistas franceses, mas exajerados aún que los alemanes, quisieron revestir con una mitología fantástica la vida de todos sus reyes, la ereccion de todos sus monumentos, y el clásico principio de sus grandes épocas.

Por eso se nos ha trasmitido la célebre historia de Carlo-Magno; por eso se conservan aún noticias de la horrible vision de Carlos II el Calvo; por eso vemos atormentarse á Carlos el Simple bajo el poder del demonio; y por eso sale una horrible serpiente de la tumba de Carlos Martel, al hacerse la exhumacion de su cadaver por Dionisio el Cartujo.

Hablemos de la Capilla Negra.

Raimundo Diocres, canónigo de la Catedral de París, murió en opinion de santo por los años de 1084.

Habíase distinguido en la calle por su mansedumbre, en el templo por su fe, en el púlpito por su sabiduría, y en las aulas por su elocuencia y sus vastos conocimientos. Los estudiantes de París se apoyaban en las columnas de la vieja catedral el dia que Diocres debia predicar; las viejas besaban la orla de su túnica; los doctos se precipitaban bajo las som-

bras del coro para escuchar al hombre célebre de la época; y todo el pueblo salia edificado de sus sermones y de su elocuencia.

En unos tiempos tan oscuros, Raimundo Diocres era, por decirlo así, el único que derramaba la luz de la inteligencia en su auditorio.

Habia entre sus oyentes algunos jóvenes, acaso los mas calaveras de París, que dejaban la universidad cuando el canónigo debia subir al púlpito.

Estos jóvenes le escuchaban con fe y entusiasmo, y mas de una vez llamaron la atencion de Diocres.

Así es que el dia de su muerte fue un dia de luto y desconsuelo para toda la ciudad. Cerráronse las aulas; los bedeles de la Universidad corrieron al templo y á la casa mortuoria para ver el santo canónigo; el Obispo dispuso asistir al entierro; y todo aquel numeroso concurso que admiraba las galas de su lenguaje y le oia con la mayor edificacion, acudió á tributarle el último homenaje bajo las bóvedas de la catedral.

Raimundo Diocres estaba depositado en una capilla de la misma. Envuelto en un blanco traje sacerdotal, parecia que el negro barniz de la muerte, mas bien que el soplo blando de la beatificacion, contraia y desfiguraba de un modo horrible su fisonomía.

Llegó la hora de la fúnebre ceremonia.

Las campanas lanzaban plañideros sonidos, y recorrian escalas rápidas y tristes, que penetraban por las ventanas de la catedral; amarillos blandones derramaban una luz pálida en torno del pueblo y del respetable cabildo que cantaba gravemente los salmos de la muerte.

Cerca del ataud un grupo de jóvenes, los mismos que en otros dias habian llamado la atencion de Diocres, observaban en silencio, ora el cadaver, ora el entierro.

Una nube de incienso subia en espirales hácia las negras ogivas, mientras los sochantres, monaguillos y sacerdotes se iban acercando á la capilla donde dormia el último sueño el canónigo.

Cantábase el capítulo 13 del libro de Job.

Ya todos estaban enfrente del ataud.

El coro decia:

Manum tuam longè fac à me, et formido tua non me terreat.

Voca me, et ego respondebo tibi: aut certè loquar, et tu responde mihi.

¡Quantas habeo iniquitates et peccata!

En aquel mismo instante vióse con asombro general que Raimundo, sacudiendo las ligaduras de la mortaja, se incorporó en el ataud y contestó:

Justo judicio Dei accusatus sum (por justo juicio de Dios he sido acusado).

El concurso espantado retrocedió ante aquel espectro que se levantaba, y ante aquella voz pavorosa que esparcia el hielo de la muerte en todos los corazones.

El cadaver, luego que hubo contestado, se tendió en el fúnebre lecho.

El Obispo y el clero dispusieron que el cuerpo de Raimundo Diocres quedase depositado en la capilla hasta el segundo dia.

Empezóse el oficio luego que hubo pasado el plazo, y al llegar al mismo versículo, cuando el cantor entonó con voz

trémula el *Responde mihi*, levantóse de nuevo el canónigo, y con una voz mas horrible que la del dia anterior contestó:

Justo judicio Dei judicatus sum (por el recto juicio de Dios he sido juzgado).

Suspendiéronse de nuevo las ceremonias fúnebres, y se aplazaron para el dia inmediato.

A la tarde siguiente levantóse Raimundo, cuando se le dirigieron las mismas preguntas, y con indecible terror de los circunstantes esclamó:

Justo judicio Dei condemnatus sum (he sido condenado por el recto juicio de Dios.)

Entonces, refiere la crónica, que el cadaver fué arrojado á un muladar, por ser indigno de que se enterrase en sagrado, perdiendo el perfume de santidad con que habia sido considerado.

De este hecho estraordinario nació el título que recibió la capilla donde estuvo depositado, pues desde entonces se la llamó *la Capilla Negra* ó *del Condenado*. Los jóvenes que con tanta fe habian asistido á los sermones y funeral del canónigo, se retiraron del bullicio del mundo (1).

San Bruno fué el gefe de ellos, y de aquí brotó la orden de los Cartujos.

¿Y habrá quien nos niegue ahora que al tocar aquellos ennegrecidos muros no brotan chispas históricas, capaces de suministrar otros tantos asuntos dramáticos, patentizándonos el consejo del Espíritu Santo, que prohibe alabar á los vivos?

---

(1) El cuadro que representa este pasaje, pintado por el famoso Carducho, existe hoy en la galería del Ministerio de Fomento, y es de los procedentes de la Cartuja del Paular.

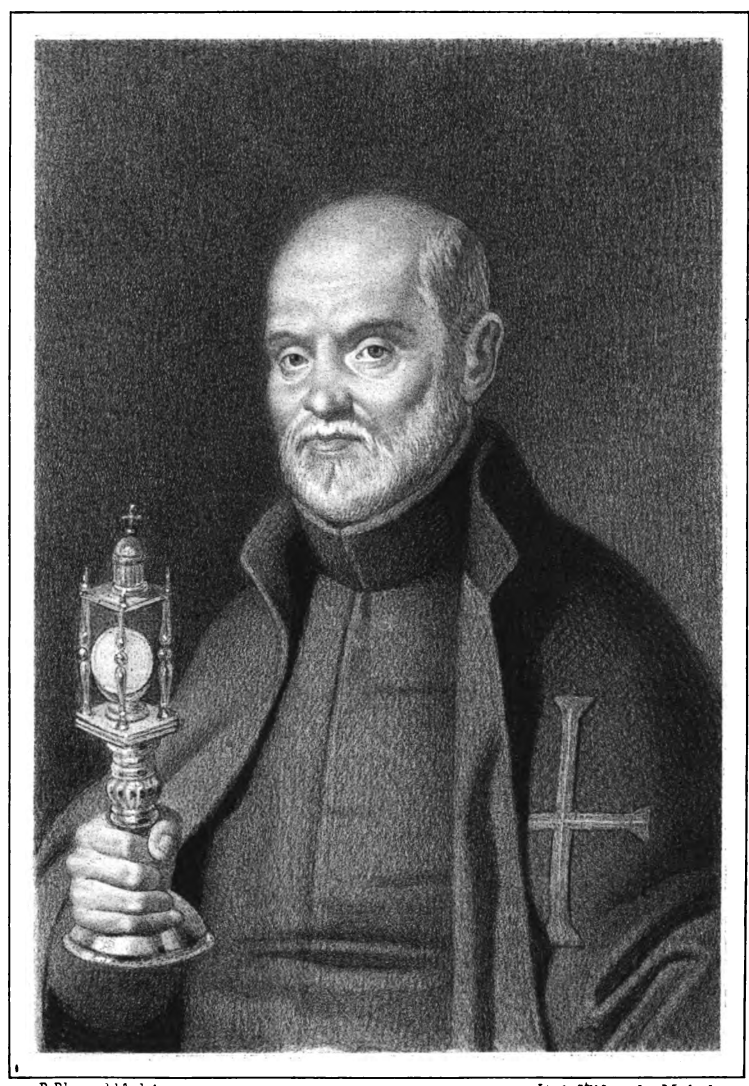


No es nuestro objeto al presentar en este proemio un cuadro espantoso y terrible, aludir á una personas cuya fuerzas están agotadas por largos padecimientos, y que nosotros la respetamos, siquiera sea por el hábito que viste, y por las virtudes que en ella reconocemos. No por cierto, al describir la portentosa conversion de San Bruno, ó mejor dicho su paso á mayor perfeccion, nos hemos propuesto manifestar que el mundo se equivoca por lo regular en sus juicios, y que la criatura que cree santificada puede hallarse en el desagrado de Dios por faltas que á ninguno es facil comprender, porque están ocultas en el corazon de la criatura misma; como tambien el mismo mundo califica á veces de engañosa hipocresía lo que en realidad es una verdadera virtud, digna de imitarse.

Así vemos que Dios reprobó á Saul y eligió á David, el menor de los hermanos; que dejó á Ruben en el abatimiento, ensalzando á José en la prision. Si abrimos el libro del Génesis, veremos á un Angel caer del cielo, y ser un hombre espulsado del paraiso. En la Ley de gracia, hallaremos que un Apostol fué arrojado á los infiernos, que se salvó el alma de un ladron en preciosos instantes, y finalmente, que el ojo supremo del Omnipotente es capaz de descubrir imperfecciones en los mismos Angeles, y manchas en la nieve; de donde comprenderá el lector que nosotros acometemos desde luego la narracion de los hechos históricos, protestando solemnemente contra todo género de alusion, insistiendo en que el mundo es muy falible en sus juicios, y que por lo tanto su fallo debe escucharse con cautela, ora en alabanza, ora ya en censuras.

in
r-
os
as
es-
no
s-
s,
el
n-
a;
sa
g-

el
o,
é-
re
ue
na
o
c-
le
-
o
n
)



B. Blanco. dibº y litº.   Lit. de Stes Gonzalez, Madrid.

El egemplar Sacerdote,

JACOBO DE GRATTIS.

CAPITULO I.

Jacobo de Grattis viene á España con el Nuncio de S. S., y figura entre los opulentos personages de la Corte de Felipe II: sus estravios le ocasionan compromisos graves, reformando por último sus costumbres. El Rey le envia á Roma á desempeñar una comision importante, y allí recibe la investidura de sacerdote, volviendo á Madrid, donde invierte su caudal en fundaciones piadosas.

I.

Reinando Felipe II el *Prudente*, vino á Madrid un poderoso magnate con la comitiva del Nuncio Juan Bautista Cataneo, enviado á España por el Papa Adriano IV; llamábase Jacobo *Grattis*, natural de Mantua ó de Módena segun algunos, y estaba condecorado con el hábito y cruz de Cristo.

Entró en nuestra coronada villa el Nuncio montado en una hermosa mula cubierta con una manta de brocado de oro, y á su lado en otra con manta de terciopelo bordada de oro, el caballero Jacobo, acompañados de otros familiares en cabalgaduras lujosamente enjaezadas. Salió á recibirlos el Rey con muchos personages de su Corte, ostentando riquísimas libreas.—El Ayuntamiento y los Capitulares, con los caballeros é hijo-dalgos, todos con turbantes de terciopelo y guarniciones en los caballos, precedidos de trompetas, atabales y ministriles con ropas de damasco encarnado; el Cabildo eclesiástico con su guion y maceros, las cruces parroquiales y las Cofradías; llegando con tan magnífica pompa á la iglesia de Santa María, donde esperaba revestido de pontifical el Obispo de Segorbe con el capellan mayor del Rey, que lo era

el Arzobispo de Santiago, canciller mayor del reino de Leon, y los Obispos de Cartagena y de Segovia.

Aqui entonó el *Te Deum* la música de la cámara real; y todo este aparato lleno de magnificencia y de esplendor religioso admiró sobre manera á Jacobo de *Grattis*, juzgando ventajosamente de la corte de España y de la piedad de tan gran monarca.

Hízose amigo de D. Carlos de Borja, Duque de Gandía; de Don Diego Henriquez de Guzman, Conde de Alva de Liste; de D. Francisco de Zúñiga y Sotomayor, Duque de Bejar; y de D. Antonio Alfonso Pimentel, Conde de Benavente. Estos le presentaron despues en el palacio del Conde-Duque de Lerma (1), donde asistió á las justas y torneos que allí se celebraban, siendo varias veces mantenedor con D. Gomez de Figueroa, Duque de Feria, y con D. Manrique de Lara, Duque de Nájera; y otras tambien con Don Iñigo Lopez de Mendoza, Duque del Infantado, y con D. Luis Enriquez de Cabrera, hijo del Almirante de Castilla.

Jacobo era naturalmente enamorado, y como fino amante, los años eran para él dias, porque ninguna nube oscurecia su corazon, pues siempre disfrutaba de un sol brillante, merced á sus riquezas. Sus esperanzas para el porvenir brillaban sobre su felicidad actual como un cielo de primavera sobre floridos jardines. Su confiada fantasía lo trasportaba por el rio del tiempo arreglando á su capricho su futuro destino, y estendiendo al dia de mañana la esplendorosa dicha del de hoy. Creia que para su juvenil corazon, los cuidados, la mudanza y la muerte eran cosas desconocidas. Acaso amaba mas, porque su situacion no le permitia otra ambicion ni otro deseo que el amor; porque no existian para Jacobo los asuntos que mas adelante en los paises libres han distraido y distraen de la pasion, porque estrangero en la Corte no estaba llamado á la arena de la vida política, porque la gloria no

(1) Este palacio estaba donde hoy se halla el del Duque de Medinaceli, en cuyos jardines se verificaban los torneos que en su tiempo presidió Felipe III. Delante habíase formado un paseo elegante por donde marchaba la escogida sociedad de la corte, llegando hasta el monasterio de San Gerónimo.

le ofrecia contrapeso alguno al amor. Por eso descollaba este entre todos sus proyectos: viviendo en la edad del hierro, se creia siempre en la del oro, destinado solo á vivir y amar.

II.

El virtuoso y bendito P. Fr. Simon de Rojas, confesor de la reina Margarita y Ministro del convento de Trinitarios Calzados de Madrid, era tambien el director espiritual de Jacobo y su buen amigo. Muchos dias paseaban juntos, el uno haciendo alarde de la cruz roja que llevaba sobre su capa, y el otro de la humilde enseña trinitaria que cubria su pecho; pero no sin sospechar el religioso el fuego que consumia en secreto el corazon de su acompañante. La repentina libertad que mezclaba en su conversacion, su humor caprichoso y algunas veces díscolo, hallaban siempre en Fr. Simon entera indulgencia, servicio que le prestaba por lástima á su enfermedad de amor, procurando siempre atraerle suavemente al camino de la virtud. Quizá su mismo caracter raro y estravagante, las alternativas de arranques y dulzura, la mezcla de ignorancia y de talento, de delicadeza y grosería, de antojos de niño italiano y de una fria y femenil reserva que veia en Jacobo, aumentaban el cariño é interés del venerable trinitario, que habia tomado por su cuenta la conversion de aquel joven.

Fr. Simon de Rojas, que no hacia ostentacion de P. Maestro ni en sus palabras ni en su traje, iba donde queria Jacobo, ora fuese al animado paseo llamado de las *Damas* (1), ora tambien al Campillo de Manuela (2), teniendo que atravesar por el barrio de las mancebías (3), dejándole siempre en completa libertad, sin

---

(1) En la primavera frecuentaba este paseo la gente principal; de aqui tomaron origen las calles que hoy se denominan de las *Damas* y de la *Primavera*.

(2) Aqui hubo una bayuca ó ventorrillo, que llamaban de Manuela, la cual condimentaba allí comidas y espendia vino y otros licores al vulgo, que acudia á este sitio en los dias festivos á divertirse y solazarse.

(3) Este era un sitio habitado por mugeres prostitutas, que estaba en el terreno que hoy ocupa la calle del *Ave Maria*.

coartar sus palabras ni sus acciones, sintiendo hácia persona tan infeliz y susceptible la misma indulgencia compasiva que siente un padre por un hijo mimado y enfermizo, con quien no se atreve á emplear autoridad aunque sea por su bien, preparado á aprovechar toda ocasion favorable para hacerle aborrecer el crimen. Jacobo se servia de la libertad que le dejaba su ilustrado y santo confesor, esquivando la compañía del respetable vicario de esta villa D. Juan Bautista Neroni, que tanto le recomendaba el Nuncio de Su Santidad. En todo esto estaba nuestro bendito trinitario impulsado por un espíritu superior. Apoyado Fr. Simon de Rojas en el palo que guiara sus pasos, recorria con su amigo las calles populosas de esta capital, siendo una maravilla el ver con el tino que el bendito Padre salvaba á Jacobo de inminentes riesgos, haciéndole siempre conocer la misericordia de Dios, que le esperaba para que se enmendara de sus estravíos.

Cuando salia ó entraba este religioso en su convento, las vendedoras de pañuelos que se ponian antiguamente en el átrio de la iglesia de la Trinidad (1) le saludaban con cierto aire irónico, diciendo: «Ave María, Padre Rojas.....» y él, murmurando en voz baja, les contestaba: «poco teneis que perder todas.....» (2)

III.

Cerca del barrio mencionado de las mancebías estaba la heredad de los Cañizares (3), con una pequeña quinta propia de Juan Antonio de Lujan, Señor de Almarza, hidalgo de nuestra villa; y allí habia una capilla en la que se veneraba por devocion suya un Crucifijo, delante del que ardia una débil lámpara. Un noble ami-

(1) Dentro de la lonja ó verjas de hierro se colocaban con sus cestas á vender sus géneros estas mugeres; á las que se espulsó de allí en diferentes épocas por los escándalos que promovian, pero luego alcanzaban licencia para volverse á establecer, hasta que últimamente se les negó el permiso.

(2) El Beato Simon de Rojas, en palacio y en todas partes donde entraba, su primer saludo era decir *Ave María*, y del mismo modo saludaba á cuantos encontraba en la calle ó en el paseo.

(3) Todavia retiene el nombre la calle.

go de Lujan, pero con pocas creencias religiosas, llegó con su caballo á la quinta, se apeó, bajando tambien de él á una mujer liviana que cogió en la mancebía, encerrándose con ella en la quinta para satisfacer su lascivia; y con el fin de saciar su torpeza eligió como sitio mas incógnito la capilla, apagando la lámpara. La muger prostituta tuvo gran repugnancia de pecar en aquel sagrado parage, pero el atrevido caballero la violentó á consumar su crimen; y estando en él cayó sobre ambos la corona de espinas que rodeaba la cabeza del santo Crucifijo. Este acontecimiento terrible arrancó un grito penetrante que salió del pecho de aquella infeliz mujer, resonando en toda la quinta y heredad, espantándose el brioso caballo que estaba atado á la puerta, sin poderlo sugetar el ginete que corrió á montar en él, y apenas hubo montado empezó á galopar dirigiéndose al convento de la Trinidad, en cuya puerta se paró. Picóle espuela su amo y volviéndose á la quinta, salió de ella un criado, que entregándole el chambergo de plumas que se habia dejado, y con él la corona de espinas, cerró la puerta, despidiendo al caballero, que se quedó lleno de estupor y de melancolía. Volvió á picar espuelas al caballo y este se dirigió otra vez al convento de la Trinidad, llamando con su mano á la puerta, como para indicar á su amo que la penitencia era el bautismo del criminal; pero este, lejos de conocer el misterio de aquella noche, por tercera vez le picó espuelas arrancándole de allí, en cuya carrera arrojó la corona, joya de su salvacion. El caballo tornó al sitio donde habia caido, la recogió con su boca, y llamó fuertemente otra vez y á despecho del caballero á la puerta de la iglesia, la que se abrió de repente, apareciendo un religioso anciano, que no era otro que Simon de Rojas, quien elegia las altas horas de la noche para macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas, cuya sangre salpicaba las paredes del templo. Alli oraba unas veces, mientras que otras ceñido de cilicios llevaba sobre sus hombros una enorme cruz; asi pasaba la noche en aquel santuario de la religion y de la poesía, sin que nada alterase la tranquilidad de su alma (1).

(1) Crónicas trinitarias.

El caballero se apeó, penetrando con reverencia en el templo, y el caballo, doblando sus rodillas, depositó la corona en manos de Simon de Rojas. El hidalgo lleno de admiracion refirió al bendito Padre lo ocurrido, lloró su culpa, é hizo penitencia.

Al siguiente dia fueron juntos á la quinta, y llevaron tambien á Jacobo de *Grattis:* allí oyeron decir á los criados que solo habian visto entrar á un caballero deudo de su amo, que le habian franqueado las puertas segun las órdenes que tenian, pero que no le habian visto salir, y que ninguno de ellos le habia entregado la corona ni el sombrero; que la muger de quien hablaban no estaba alli ni la conocian. Pero el noble insistió en que oirian el grito que dió, á lo que contestaron que sí, pero que habiéndose despues guardado silencio, todos se entregaron al sueño y al descanso. Reconocieron el Crucifijo, que hallaron sin la corona, y puesta por mano de Fray Simon de Rojas, encendiéronle tambien la lámpara. que habia apagado en la noche antes el caballero. Se retiraron de allí despues de haber adorado al Señor, pasando el Beato Simon de Rojas á las mancebías á anunciar la palabra de Dios á aquellas desgraciadas mugeres, cayendo á los pies del religioso anegada en lágrimas la que habia sido testigo del desprendimiento de la corona en los momentos de su crimen (1).

El P. Simon de Rojas se presentó al Cardenal D. Diego de Espinosa, Obispo de Sigüenza, presidente del Consejo Real, pidiendo que se hiciese salir de aquel barrio á las mugeres lascivas que lo habitaban, lo cual se verificó, dándose las oportunas instrucciones al alcalde de Casa y Corte, el licenciado Gaspar Ortiz, quien con el Corregidor de esta villa D. Antonio de Lugo, caballero del hábito de Santiago, espulsaron en una noche de aquellos sitios á todas las mugeres públicas, cuyos lupanares fueron demolidos, levantándose allí otras casas, dándole Simon de Rojas á la calle nueva el titulo del *Ave María*, el cual todavía conserva. En cuanto al Crucifijo, permaneció en la quinta de Luján hasta los tiempos del rey D. Carlos II, en que habiéndose

(1) Andrade, tomo II.

arrancado los cañizares y formado la calle de este nombre, se puso la imágen en disposicion de que recibiera culto público en uno de los templos de esta Corte (1).

IV.

Vivia en Madrid un poderoso magnate, llamado D. Juan de la Victoria Bracamonte, por los años de 1542; en cuya época vendió parte de sus dilatados terrenos, que ocupaban lo que hoy forman las calles de la Salud, la del Barco, la del Desengaño, la de Valverde, Horno de la Mata y parte de las de Jacometrezo y del Olivo. Este punto era el arrabal, frontero al camino de Fuencarral; reservándose el dueño una parte para construirse casa, á la que dió el nombre de calle *de la Puebla de D. Juan de la Victoria*, cuyo personaje tenia tambien muchos bienes en el vecino pueblo de Vallecas, heredándole sus dos nietas, á quienes llamaban las *Victorias*, cortejando á una de ellas Jacobo de Grattis, sin poder lograr jamás el seducirla.

Ocurrió, pues, en una noche oscura en que rondaba la casa de estas, que dos hombres embozados en sus capas, tapados los rostros con las alas de sus grandes chambergos, se le acercaron, y viéndose frente á frente con ellos tiró de su espada, sacando tambien estos las suyas, sosteniendo una lucha desigual por largo rato. Aquellas dos sombras eran valerosas, defendiéndose con arrojo del galante caballero, á quien causaron algunas heridas, dando con él en tierra; y luego que estuvo vencido, poniéndole el pie encima uno de los incógnitos, le dijo: «Avergonzaos, caballero, os han vencido las Victorias.» Entonces Jacobo, herizándosele los cabellos, descubrió los hermosos rostros de las disfrazadas, que huyeron llevándose su estoque. A poco rato acudieron allí dos mujeres

(1) Habiéndose edificado el Hospital de la Corona de Aragon, los Marqueses de Cerralvo hicieron donacion á esta iglesia de aquel Crucifijo devoto, que se veneraba en la última capilla entrando á la derecha, y que quizás sea el que últimamente se ha quitado del altar.

cubiertas con largos mantos, las que alzaron á Jacobo del suelo sin hablarle una palabra, curándole las heridas ligeramente, y diciéndole con voz espantosa: «Levántate y huye, si no quieres esperar la muerte.» El noble estrangero, cubriéndose el rostro con las manos se alejó de aquel sitio: y lo que mas le mortificó en adelante fue la bella composicion que improvisó el poeta Miguel de Cervantes acerca del desarme del caballero de Módena por las aldeanas de Vallecas (1).

Inmediato á la casa de las Victorias tenia otras de su propiedad el Escribano mayor de esta villa D. Diego de la Nao (2), en cuyo poder se hallaba en clase de pupila una joven huérfana, de la cual se dice que era hermosa y rica á la par que inocente, á quien tambien pretendia cortejar Jacobo; pero ella le despreciaba con cierto desden. Sin embargo, el amante general cada vez estaba mas enamorado de ella, pareciéndole que era el único objeto de su amor. Cegado por el orgullo de esta y por el suyo, no presumió ni un instante que estuviese enamorada de otro, pero sí temió que diese cierta preferencia al Príncipe Vespasiano de Gonzaga, joven gallardo y simpático, á quien en una ocasion halló Jacobo paseándose de noche por aquel sitio, y al verle empezó á rechinar los dientes de rabia y de celos, admirando la juventud y brillantes prendas de su formidable rival, á quien trató de vencer con el golpe de su espada; pero cuando ambos se batian cruzó por allí una sombra como de mujer cubierta con un largo velo caminando muy de prisa; detrás venian dos caballeros siguiendo á aquella sombra, que tambien era seguida por un zorro, cosa que asustó á los combatientes, suspendiendo la lucha atemorizados por los ojos vivos y brillantes del animal, que marchaba tras de la sombra. Al acercarse las dos personas conoció el joven Príncipe á D. Gomez de Figueroa, Duque de Feria, y á D. Francisco de Sandoval y Rojas, Conde de Lerma, á quien tambien saludó Jacobo, manifestando á los mencionados combatientes que venian de pres-

(1) Historia del Hospital de la Piedad.
(2) De él tomó el nombre la callejuela del Nao.

tar un servicio importante al Rey D. Felipe, contra quien conspiraba su hijo el Príncipe D. Carlos en combinacion con D. Iñigo Lopez de Mendoza, Duque del Infantado; entonces se unieron los cuatro caballeros para seguir á la sombra, que iba ya á gran distancia, é indagar quién era. Alcanzáronla porque estaba parada; ellos tambien se detienen, y casi temblando se acercan, y le preguntan quién era: pero la tapada habia huido; lo que allí quedó era un espectro arrimado á la pared, á quien Jacobo levantó el velo para conocer aquel bulto, viendo que no les respondia; pero notó que no respiraba, que no habia vida. ¿Quién eres tú? interpeló Don Gomez. Arrancándole el manto negro que le cubria hallaron una momia bien conservada, con ropilla y trusa de terciopelo, convenciéndose de que era un cadaver de mucho tiempo. Al ver esto dieron un grito espantoso, diciendo el Duque de Lerma á sus compañeros: ¡Qué desengaño! (1). A lo lejos vieron brillar una antorcha, y corrieron hácia ella; pero esta se apagó, y sintieron pasos. Entonces sacando las espadas se prepararon para acometer, mas el zorro que vieron antes volvió á presentarse delante de ellos dando largos ahullidos; entonces los caballeros juzgaron ser aquello un encanto; sin embargo, trataron de apoderarse del zorro. Mientras tanto pasó el grupo sospechoso en que iba el Príncipe D. Carlos con sus parciales, que ya se retiraban de la quinta del Conde de Vinciguerra de Arcos, título aleman, cuya posesion estaba donde despues labró su casa el Conde de Aranda (2). Los nobles se retiraron de aquellos parajes con bastante pavor, sin conocer que todo aquello era astucia de los conspiradores, que se riyeron de su estupidez y miedo.

---

(1) Hay tradicion de que este y no otro fue el origen del nombre de la calle, el cual se mudó cuando el Marqués de Leganés fundó el Monasterio de monjes Basilios, llamándole así; pero despues volvió á dársele su antiguo nombre.

(2) Esta posesion estaba casi al pie de los montes y labores de Fuencarral, la cual tenia un hermoso bosque, y en los llanos de las lomas habia abundante caza.



V.

Dos hombres llamaron en un cierto dia á la media noche á la portería del convento de Jesus María, que era el de religiosos observantes en esta Corte, pidiendo con urgencia que viniera un Sacerdote á auxiliar á un moribundo. Los conventuales se hallaban en el coro rezando Maitines, y solo habia un religioso venerable en disposicion de salir, y á quien designó el Guardian para que fuese á ejercer su ministerio, acompañándole un hermano lego de formidable altura y de gran intrepidez, acostumbrado á manejar cadáveres, en particular los de los párvulos, que arrojaba en un hondo arco de la bóveda; siendo el terror de los muchachos, que huian al verle porque siempre los amenazaba con precipitarlos á la fosa.

Los dos hombres que esperaban en la portería rogaron al lego que se retirara, puesto que ellos se encargaban de conducir y devolver al convento al anciano religioso. El lego sospechó con fundamento que aquellos eran unos malvados, y á pretesto de consultar con el Guardian si debia ir solo el Sacerdote, les dijo que se esperasen. Hiciéronlo así, y él entre tanto, tomando una lámpara se bajó al panteon, y abriendo un féretro quitó la espada á un caballero de los muchos que allí habia insepultos, y á otro el puñal ó daga que tenia en el cinturon, porque sabido es que hasta la época de D. Enrique el *Doliente* no acostumbraban á amortajarse con hábito de religioso los cadáveres, y sí con sus trajes y armaduras. Subió el intrépido lego, manifestando que el P. Guardian le habia mandado por obediencia que fuese con el Sacerdote. Salieron del convento los dos incógnitos con aquellos religiosos, bastante disgustados hablando á solas, y nuestro lego bien pertrechado de armas sin que aquellos se apercibiesen. Largo espacio de tiempo caminaron por la *Via-Sacra* (1), hasta introdu-

(1) El Calvario de la villa, con cruces grandes de piedra, comenzaba desde el convento de Jesus María (San Francisco), y llegaba hasta la calle llamada así.

cirse en el olivar (1), ellos finjiendo mucho sentimiento por el estado agravante del enfermo, y nuestros religiosos siguiéndolos con sus capuchas echadas sobre la cabeza, guardando silencio. Luego que llegaron á los caños de Alcalá (2), introduciéndose en otro olivar muy espeso (3), se arrojaron sobre nuestros religiosos, intentando vendarles los ojos. El lego dijo que si alguno se atrevia á vendárselos que se acercara á él. Entonces aquellos hombres, viendo burlado su plan perverso, prosiguieron con los religiosos por caminos estraviados, hasta que sacando uno de ellos la espada trató de herir mortalmente al lego; pero este, sacando tambien la suya, se defendió del asesino; mientras tanto el otro se llevó al anciano Sacerdote, tapándole los ojos porque estaba indefenso. El provocativo que luchaba con el lego fue vencido, quedando atravesado de una estocada bañado en su propia sangre, y el lego corrió en busca del Sacerdote. Este ya habia llegado al pie de un profundo barranco, donde se le colocó para que confesase á una joven atribulada que allí habia bajo la custodia de un puñal comprado, llena de espanto y de tristeza, anegada en lágrimas, obligada á ahogar sus sollozos, con un niño de pocos dias en sus brazos.

El religioso refirió que solo oia el tic-tac de un molino cercano, pero ignoraba el punto donde se encontraba, y lo mismo la joven, porque tambien tenia los ojos vendados; el viento chocaba á lo lejos con los olivos, escuchándose tambien los silbidos de los mochuelos y de las lechuzas. La infortunada joven lloraba entre los brazos del religioso, revelándole su nombre, como tambien la suerte que le esperaba. Estremecido el seráfico y erizado el cabello de espanto, pidió á la joven que se confesase esperando solo en el auxilio protector de la Santísima Virgen, que era el consuelo y la Madre de los aflijidos. Amenazósele al seráfico con pena de la

(1) El olivar comenzaba en la calle de su nombre, siguiendo mucho mas allá del santuario de Atocha.

(2) Los caños ó fuentes de Alcalá estaban donde se halla el Carmen Descalzo.

(3) Este era el olivar llamado de las Afueras hácia Alcalá, el cual era espeso y dilatado; por eso la calle de Alcalá se denominó antiguamente de los Olivares.

vida si se destapaba los ojos ó si se los descubria á la penitente: esta le dijo fuera de confesion que aquellos eran sus amantes, y aquel niño el fruto de su estravío: pero que dudosos de quién era su padre, despues de un duelo habian convenido en degollarla, y tambien al inocente parvulito. El religioso le contestó que en aquel terrible caso no podia hacer otra cosa que procurar la salvacion de su alma. Larga fue la conferencia de la joven con el seráfico, pero de allí á poco se acercó el acompañante diciéndoles que terminaran, pues ya iba muy adelantada la noche. Al oir esto cayó la joven á los pies del religioso, pidiéndole el bautismo para su hijo. El Sacerdote la absolvió, y el cruel amante le arrancó el niño de los brazos, llevándose al religioso á un sitio distante de allí con el niño, donde presentándole una redoma con agua le bautizó. Poniéndole en camino para que se fuese á su convento con los ojos destapados, «tomad, pues, esas monedas, le dijo el caballero, y aplicad algunas Misas por esta mujer infame, que va á morir sin remedio, y tambien su hijo.—No, le contestó el seráfico, yo ofreceré al Señor el sacrificio por su salud eterna, pero lo haré de limosna, porque nada quiero recibir de vuestra mano, que está colmada de iniquidad.» Y así se retiró de la presencia de aquel hombre sanguinario. Volvió el Sacerdote la cara para inspeccionar los pasos del malvado, y este se volvió tambien diciéndole: «Seguid sin deteneos, que no os pierdo de vista.» El anciano observante caminaba llorando, sin saber la suerte que habia cabido á su acompañante, y lastimado de la muerte que iba á recibir aquella joven en cuyo favor nada pudo hacer; así, unas veces se paraba suspirando, otras oraba dirijiendo plegarias al cielo, solo y por parages solitarios, temiendo el encuentro de algun salteador de caminos. Pero al llegar al campo estramuros del arco ó puerta del Sol (1), donde habia un vertedero de aguas inmun-

(1) De resultas de haber abrazado Madrid la causa de los comuneros, los partidarios del Emperador Carlos I levantaron fortificaciones, abriendo fosos en la parte nueva de la poblacion que carecia de murallas, construyendo tambien un castillo elevado sobre el arco que tenia pintado un sol, por lo que se llamó así.

das formando una especie de tarjea, advirtió que de aquel escondido hueco salia un resplandor tan estraordinario que eclipsaba la luna. Aquella misteriosa luz llamó desde luego su atencion, y aproximándose á la embocadura descubrió como un arco de fuego, entre cuyas llamas habia una estampa de papel en la que se advertia grabada la imagen de la Virgen con el Niño Dios en los brazos, y una rotulacion en que se leia: *Ntra. Señora de los Afligidos.* Al ver esto el religioso se introdujo por la tarjea esclamando con voz humilde y lastimera: «Soberana Señora, ¿quién os ha arrojado en este lugar inmundo? ¡Ah! Mi corazon desfallece de pena al veros aquí.» Y cojiendo la estampa, que estaba toda destrozada, y besándola, la guardó en su manga, saliéndose de aquella letrina. Marchó á su convento, donde todavía no habia llegado el lego, refiriendo al Guardian lo acontecido en aquella funesta noche, como asimismo el hallazgo de la estampa, que al verla tan maltratada juzgó el Prelado que aquel religioso padecia alguna enagenacion de resultas de la sorpresa ocurrida, dando poca importancia á sus palabras, si bien deseoso de oir el relato del lego, á quien esperaba.

Empero separándonos por ahora de los prodigios que el Señor se dignó obrar por aquella estropeada lámina hasta que vino á parar á manos de la venerable hermana Antonia de Cristo, de la V. O. T. de San Francisco, fundadora del Beaterio de San José en esta Corte, á cuya religiosa casa adjudicó la estampa, que por su mal estado tuvieron que pegarle papel por el anverso, tomando de aquí el título vulgar de la *Remendadita* (1), trataremos ahora de las aventuras del famoso y precavido lego.

Armado este con dos espadas y un puñal, llegó casualmente al barranco donde estaba la joven condenada á muerte con el asesino, que esperaba á los que le habian comisionado para que degollase á su víctima. Bajó el lego, quedando sobrecojido de espanto el matador al verle, se acercó á la joven arrancándola el pañuelo de los ojos. Entonces el asesino intentó clavar el puñal en su pecho,

(1) Las religiosas la tienen en el coro con mucha veneracion y culto.

pero el seráfico lego, descargándole un tajo le mutiló el brazo, dejándole sin sentido. La pobre joven le contó su desgracia, suspirando por su hijo. El lego la sacó del barranco al tiempo que llegaba el amante asesino con el niño en los brazos; «dadla muerte á esa infame, esclama, y despues á su hijo,» juzgando que el lego era su amigo. La joven dió un grito de horror: «Válgame Dios....». «Huid, mujer, de este sitio, le dijo entonces el lego, que yo salvaré á vuestro hijo.» La madre escapó llorando, y el colosal lego, cojiendo del cuello al caballero con una mano, le arrebató el niño con la otra, dejando casi estrangulado al amante. Dió un salto para salir del barranco, y colocando en tierra al niño volvió á bajar por las espadas, desarmando tambien al caballero, que estaba tendido en tierra casi exánime, y todo desangrado el asesino, dando alaridos horrorosos mezclados con maldiciones. Subió el lego con sus tres espadas y la daga, recojió el niño, abrigándole con su manto, y como no viese á la madre emprendió el camino para su convento. Apenas hubo llegado al santuario de S. Roque, donde tambien se veneraba la antigua imagen de *Ntra. Señora del Consuelo* (1), divisó un bulto que se aproximaba á él: este era Jacobo de Grattis, que iba en busca de un capricho. Al ver junto á sí á un fraile franciscano á aquellas horas por sitios tan solitarios con un niño en los brazos, creyó que se le habia aparecido el Taumaturgo del siglo XIII (2); apoderóse de él un temblor convulsivo, le faltaba la respiracion, y no podía tomar aliento: pero el lego, sacando su estoque y apuntándole al pecho, le dijo: «Deteneos ahí, caballero, y no paseis adelante.» La sangre se le heló á Jacobo en las venas, del espanto que le ocasionó aquella aparicion. «¡Quién sois! le dijo este.—Un lego franciscano,» le contestó el fraile: y entonces, sentándose ambos en la escalinata del santuario, le refirió el lego á Jacobo los episodios terribles de aquella noche, escuchando este con desesperacion al seráfico, deseoso de vengar tan horroroso atentado. Recobróse un

(1) El terreno que ocupa la iglesia parroquial de San Luis formaba parte del santuario de San Roque y de la capilla de Ntra. Señora del Consuelo.

(2) San Antonio de Padua.

poco Jacobo, y los dos se levantaron de allí, llevando al niño al redil del pastor (1) que estaba inmediato, haciendo que una cabra le diese la lactancia, encargándose nuestro Modenés de satisfacer el pago de la crianza del niño mencionado.

Los individuos de la Santa Hermandad que recorrian los caminos hallaron el cadaver del caballero que el lego atravesó de una estocada en el olivar, y recojieron al herido que habia quedado en el barranco, que despues llamaron de *Válgame Dios* por la deprecacion de la joven (2), y poco despues hallaron al otro caballero bastante mal parado, conduciéndole á la carcel por suponerle el asesino del que hallaron muerto. La causa fue sometida al Alcalde de Casa y rastro D. Felipe de Zapata, quien con la mayor actividad practicó las diligencias oportunas, tomando declaracion al lego y á la joven, que al siguiente dia se presentó en el convento de Jesus María á reclamar su hijo.

Jacobo de Grattis contó el caso á su confesor, el P. Fr. Simon de Rojas, quien desde entonces concibió el proyecto piadoso de fundar un asilo para recojer las criaturas abandonadas, cuyo proyecto favoreció mucho el Cardenal D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo.

V.

Jacobo de Grattis, no obstante estos lances y otros que le sucedieron, continuó en su galantería y libertinage, sus duelos y amoríos; llegaron á temer el encuentro de su espada los mas valientes castellanos, que llenos de celebridad y de alto renombre

---

(1) Antiguamente habia aquí un redil de ovejas y un hato de cabras que cuidaba un pastor; luego se vendió en el mismo sitio el ganado lanar, el que estaba encerrado en una reja de hierro, la cual mas adelante sirvió para espender el pan, cuando hizo la designacion de mercados el Presidente del Consejo de Castilla, llamándose por este motivo la Red de San Roque, y últimamente de San Luis.

(2) Este lance, acaecido con el lego franciscano y los caballeros amantes que pretendian asesinar á la joven, fue muy ruidoso en Madrid, y vulgarmente quedó al barranco el nombre de *Válgame Dios*.

volvian de las porfiadas guerras de Flandes y de Italia; y su mirada lasciva la temieron tambien la doncella inocente, la casta matrona, y aun la esposa de Cristo encerrada en el silencio del claustro. Pero al fin, hastiado su corazon de goces, sintió las emociones de un amor puro y legítimo, quedando su alma indecisa y confusa. El vicio le hacia desconocer la benevolencia, y así estaba siempre en guerra con la sociedad, considerando enemigos á todos los hombres. Poseia grandes riquezas, como noble opulento, y así le era dado satisfacer todos los caprichos de sus pasiones, que no saciaban ni la ambicion ni los negocios. Viajando de clima en clima se desarrolló el desenfreno de sus pasiones. Dios castigó sus crímenes suspendiendo por entonces su conversion, abandonándole para que se arrastrara por el torrente del escándalo y del vicio, multiplicándose así el catálogo de sus delitos: Pudiera muy bien haber repetido el Modenés, como dicen las Leyendas Madrideñas, las palabras de D. Juan Tenorio:

Por donde quiera que fui
La razon atropellé,
La virtud escarnecí,
A la justicia burlé
Y á las mugeres vendí;
Y en todas partes dejé
Memoria eterna de mí.

Cuéntase por algunos, que por entonces llegó á Madrid la joven esposa de cierto infanzon aragonés, encargado de una mision diplomática; que la belleza de cuerpo y la del alma resplandecian á la vez en Doña Leonor Garcés, natural de Teruel, la ciudad de los Amantes, educada en las sublimes máximas de la religion y de la moral; que amaba á su esposo con la firme constancia de su pais, y no creia pudiera interesar jamás á ningun otro hombre. Jacobo fijó en ella sus ojos, pero sufrió una leccion en su desaire. ¡El que se creia dueño del corazon de las damas de la corte y el terror de los esposos y de los padres, el que no encontraba mujer

que supiera resistir á su seduccion, verse despreciado por una niña de provincia! Entonces su furioso despecho, *añaden*, le aconsejó un nuevo crimen, que nunca habia imaginado. Compró con su oro la fidelidad de una de las camareras de Doña Leonor, que consintió en administrarle cierto narcótico que la entregaria inerme al malvado galan. Cierta noche que creia alcanzar su infame triunfo se dirijió á la casa de Doña Leonor, muy cercana á la Red de San Luis, y á la que dicen se denominaba calle nueva de la *Hermosa Montera* (1). Estaba ya Jacobo próximo á la puerta de la virtuosa dama, cuando le pareció escuchar una voz misteriosa que le detuvo en su mal propósito, diciéndole: ¿Dónde vas? Tu alma está próxima á ser reprobada. Si no detienes tu paso, antes de tres dias te verás precipitado en el infierno.» Entonces cayó de la mano trémula de Jacobo la ampolla que encerraba el líquido que debia entregarle el corazon de la que amaba. ¡Oh! ¡Desplomaos sobre mí, horribles paredes! esclama. ¡Yo mismo debo imponerme una dura penitencia!» Terribles convulsiones agitaron á Jacobo; resuelto á no pensar mas en las locuras del amor, pidió perdon á Dios de su mala vida, dirijiéndose á buscar á su confesor, el P. Fr. Simon de Rojas. De allí á poco fue enviado por Felipe II á Roma con una mision importante, en cuya ciudad santa recibió el presbiterado, quedando iniciado en un amor secreto hácia la virtud y la santidad, pareciéndole encontrarse exento de las pasiones humanas. Creyó que habia despertado á la luz del dia del profundo sueño que habia sucedido al delirio y al placer, viéndose sorprendido y avergonzado cruelmente. Resonaba en su oido el voto de la austeridad que habia hecho en aquella fuente de santidad donde habia apagado su sed impura. Conoció bien los medios necesarios para asegurar su

(1) Segun algunos autores tomó este nombre de una célebre hermosura que vivió allí, esposa del Montero del Rey. Antes se llamó calle del Mercado de San Roque, porque allí se celebraba uno todos los viernes del año, desde la época del rey Carlos I; pero despues se le dió el nombre de calle de la Montera por la configuracion de los montes cercanos de Fuencarral y Hortaleza, que formaban exactamente una montera. (Historia del Cristo de la Vera Cruz.)

victoria. Del conocimiento del placer pasó el nuevo Sacerdote al de la misteriosa sabiduría. Bien pronto se vió trasformado en un hombre humano dotado de perfeccion, y versado en los dogmas de la verdadera fe. Sus íntimas relaciones con el esclarecido Padre Francisco Caracciolo, que despues de haber viajado con sus discípulos por las ciudades mas principales de Italia llegó á Roma á pedir al Pontífice la Bula de aprobacion para establecer los Clérigos Menores, hicieron brotar en Jacobo los mas sublimes deseos de ejercitarse en la caridad, porque el lenguaje de Caracciolo no pertenecia á la tierra; no se encontraban en él epitetos ni ideas terrestres, porque su pensamiento oscilaba siempre entre la santidad y el bien general. El supo sosegar el alma de Jacobo, y disipar sus dudas: desde el umbral de la penitencia le hizo entrar en el santuario, y su espíritu se consoló ante la magestad de Dios.

Recordaba el Sacerdote Jacobo aquel culto solemne que en España se tributaba al *Santísimo Sacramento* por las diferentes Cofradías fundadas al efecto, y en particular en la coronada Villa de Madrid, donde los Reyes y cortesanos inscribian sus nombres en los libros de aquellas, y asistian á sus fiestas como en testimonio de su devocion ardiente y fervorosa, manteniendo aquellos Monarcas tanta magnificencia á la sombra de su poder, enriqueciendo con preciosos dones los templos y los altares, sin omitir nada para dar mayor realce al culto y á sus ministros, llamando á su seno á las personas mas poderosas. Hasta la misma Roma, capital del orbe Católico, veia que España rivalizaba con ella en las magníficas fiestas religiosas, que entonces se celebraban en estos reinos con la mayor opulencia. Por lo tanto se resolvió á volver á España, viniendo á avecindarse en Madrid, donde compró la casa en que oyó la voz avisadora, convirtiéndola en Oratorio público, que dedicó al Patriarca San José, y bendijo el Vicario eclesiástico Sr. Neroni, celebrando la primera Misa que hubo en él el P. Fr. Simon de Rojas, que ya estaba anciano y enfermo pero ayudó á Jacobo á fundar la venerable Congregacion titulada de indignos esclavos del *Santísimo Sacramento*, siendo el mencionado Fr. Simon de Rojas el Padre mayor de ella. Su instituto

principal eran los santos ejercicios en varias noches del año y en todas las de Cuaresma, haciendo una octava solemne al *SS. Corpus Christi*, celebrando además otras funciones con grande edificacion de los vecinos de esta Villa.

Reflexionaba bien nuestro sacerdote que habia objetos muy dignos de él en la Corte donde luchaba la adulacion y la astucia, pero que á pesar de una civilizacion violenta y mas aparente que real, debia hacer algo que inmortalizara su nombre. Madrid se habia ampliado estraordinariamente en el reinado de Felipe II, desde que trasladó á él su Corte desde Toledo; ya estaban construidas las dos torres del Alcazar, y la galería que daba vista al Parque (1), ya constaba nuestra villa de 2520 casas habitadas por 12000 personas, ó sean 3000 vecinos. Su recinto se amplió estraordinariamente por el acrecentamiento de la poblacion, que tenia nueve parroquias dentro de sus muros y cuatro en los arrabales, con un gran número de Monasterios, Conventos y Hospitales. Para dar mayor ensanche á la Capital se derribaron sus murallas y puertas por la parte del Norte; al efecto la vetusta puerta de Balnadú ó del Diablo, de construccion árabe, se demolió, levantando en su lugar un portillo que denominaron de Santo Domingo, sobre el arroyo de Matalobos, en el camino de Fuencarral. Demolióse tambien el castillo y arco del Sol, poniendo en vez de esta fortaleza una puerta en donde estuvieron los olivares de Alcalá. El arco y torrecita del Leal, que estaba junto á la ermita de S. Sebastian, fué tambien derribado, levantándose otra puerta sobre el arroyo de la Esperancilla; y las puertas de la Peste y de la Latina fueron asimismo demolidas, construyéndose una sola cerca del caño de la Sierpe.

No referimos aqui el origen de estos nombres, porque tememos cansar á nuestros lectores, pero ya tendremos ocasion de hacerlo, porque son muy curiosos. Empezáronse á desmontar las empinadas colinas de Fuencarral y de Hortaleza, donde estaba el somo de

(1) El Parque estaba donde hoy los nuevos paseos llamados de la Tela, donde habia bellísimos jardines y fuentes con grandes saltadores de aguas.



sus labores, para construir multitud de casas, formando las calles que llevan hoy los nombres de ambos pueblos; taláronse tambien los olivares de Alcalá y del Atochar para formar las calles de este nombre, los álamos y arbustos que llegaban hasta la era de Amaniel, destruyéndose tambien en parte los jardines de Peralta, el molino y la parada de Barrio-Nuevo, alzándose varias casas en aquellos parages, y desde las Pozas y fuente del Cura Enriquez hasta las Minas de la puebla del Rubio, hácia la ermita del valle y molino de la Cerda. De modo que en muy pocos años Madrid ya tenia 13 parroquias y 12.000 casas con 40.000 personas.

El sacerdote Jacobo, además de la casa llamada del Espanto, compró tambien otra en la que fué asesinado Antonio Ascham, Embajador de Cronwell, por unos ingleses emigrados (1). Hizo edificar otras varias allí inmediatas, adornándolas con jardines á la italiana, y principalmente las que ocupó Leonardo Donato, Embajador de Venecia, que estaban al lado de la suya; y mas abajo otra tambien de su propiedad, que habitaba el Embajador de Francia Mr. de Forquebans, las cuales eran notables por los jardines que las hermoseaban, de donde tomó el nombre la calle que se denomina así. Como Jacobo poseia tantas fincas en ésta calle tomó su nombre, á cuyo personage, por su caridad y natural alegría de semblante, todos le apellidaban el *Caballero de Gracia*. Y en efecto, su mano pródiga no cesaba de socorrer al necesitado, visitando el humilde rincon del indigente; salia á los caminos á dar limosna á los trabajadores pobres, é iba á los hospitales á consolar á los enfermos, y á las cárceles á vestir la desnudez de tantos desgraciados como en ellas habia, porque la piedad siempre se hallaba en el corazon de Jacobo. El exacto cumplimiento de su ministerio sublime, la oracion, el ayuno y las vigilias fueron el método de vida de este ejemplar sacerdote, que por muchos años estuvo preparándose para la hora postrera, temiendo siempre el juicio de Dios.

(1) En esta se edificó el Oratorio de su nombre, cuyo templo hoy existe.

VI.

Habian llegado á Madrid algunos religiosos de la regular observancia de Nuestra Señora del Carmen, á impetrar permiso del Rey D. Felipe II para establecer un Convento; pero ya en aquellos tiempos habia espedido una Real cédula S. M. á instancias del Supremo Consejo de Castilla, prohibiendo la ereccion de casas religiosas dentro de la Corte. En el barrio de las Mondonguerías, que estaba donde hoy la calle de los Negros, en la próxima de la Salud.(1), habia una casa de mugeres lascivas, en cuya ventana tenian colocada una hermosa imágen de la Santísima Virgen, vestida con ropas profanas para llamar la atencion con su peregrino rostro de cuantos por allí pasaban. Un hombre infame de baja estatura se ocultaba entre los vestidos de la imagen, moviéndole unas manos postizas que le agregaron. Allí se cometian grandes escándalos y vejaciones con el santo Simulacro por personas de todas clases, hasta que tuvo conocimiento de ello la autoridad, entregando á aquellas gentes al tribunal de la Suprema, quien las condenó á la hoguera en el sitio que hoy se llama calle de las Tres Cruces (2), demoliendo la casa.

Grande sensacion causó á Jacobo aquel acto profano cometido con la imagen de la Santísima Virgen, y así posesionándose de repente de aquel sombrío terreno, improvisó en una noche un convento de madera, alojando en él á los cinco religiosos carmelitas. En seguida se presentó al Rey D. Felipe II implorando su Real cle-

---

(1) Cuando la epidemia pestilencial ocurrida en Madrid en tiempo de los Reyes Católicos, solo se preservaron los colonos que alli vivian de la invasion del contagio, por el prudente convenio que hicieron de incomunicarse con el resto de la poblacion. (Casal, tratado de la epidemia pestilencial, pág. 43.)

(2) Para castigar á aquellas mugeres y al hombre se eligió el sitio mas inmediato, levantándose allí una enorme hoguera, que consumió los cadalsos y los reos. Despues se colocaron tres cruces, de donde tomó origen la calle.

mencia para que el Consejo no estorbase aquella fundacion, que acababa de verificar donde por tanto tiempo se habian cometido las acciones mas torpes y criminales. El Rey concedió á este ejemplar sacerdote la gracia que le pedia, empezándose despues á construir la iglesia y el convento del Carmen Calzado con las limosnas de Jacobo y de otros varios Señores que eligieron allí su enterramiento.

Vino tambien á España el P. Francisco Caracciolo con su compañero el ilustre Agustin Adorno, sobrino de Santa Catalina de Génova, para fundar la congregacion de Clérigos menores, y Jacobo salió á recibirlos, hospedándolos en su casa. Poco despues los estableció en la capilla de S. José, donde recibieron algunos sacerdotes y novicios, y á poco salió de Madrid el santo Patriarca con su acompañante. A pretesto de ser la casa pequeña, y de que la Congregacion del Santísimo con sus contínuos ejercicios y fiestas estorbaba á la nueva comunidad en el cumplimiento de su instituto, se suscitaron cuestiones entre Jacobo y los clérigos, quienes trataron de renunciar la posesion que aquel les habia dado en 25 de julio de 1595. La Marquesa del Valle, doña Magdalena de Guzman, que se confesaba con el Prepósito de los Clérigos menores, les ofreció unas casas contíguas á su palacio, que estaba en el paseo que dirigia al Monasterio de San Gerónimo, pero á la espalda todavía existia un despoblado en donde habia varias casas de mujercillas, y un ventorrillo que llamaban del Sordo; y mas arriba un campamento de gitanos que habitaban en cuevas de greda, y en la parte baja hácia el prado de San Gerónimo estaba el juego del florin, y allí próximas las vetustas y mal acondicionadas casas que la Marquesa ofreció á los Caracciolos, las que aceptaron estos, esperando para trasladarse á que el sacerdote Jacobo fuese á hacer los ejercicios de Pentecostés al convento de la Santísima Trinidad, durante los cuales se llevaron el *Santísimo Sacramento*, dejando abierto el Sagrario y desmantelada la capilla. Cuando lo supo Jacobo se llenó de indignacion, y dejándose llevar de su antiguo caracter por algunos instantes, escribió sobre el mismo Sagrario lo siguiente: «Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos

donde le han puesto (1).» *Tulerunt Dominum de monumento, et nescimus ubi posuerunt eum* (2).

Los clérigos menores demandaron á Jacobo por injuria ante los estrados de D. Juan Bautista Neroni, Vicario eclesiástico de Madrid, cuyo Juez le detuvo en su misma posada, dando auto de prision (3). Absuelto Jacobo en apelacion por el tribunal competente, siguió dando culto en su propia capilla al *Santísimo Sacramento*.

De regreso á Madrid S. Francisco Caracciolo sintió mucho la traslacion de sus discípulos, así como los disgustos que habian ocasionado á Jacobo, á quien dió pruebas de un santo reconocimiento. Examinando la nueva casa le dijo á su compañero y moderno discípulo Angelo Adorno que presentia mal de aquel sitio, por considerarlo poco á propósito para una comunidad religiosa dedicada á la oracion y al silencio. Por otra parte, el edificio que les habia dado la Marquesa se hallaba en un estado ruinoso, de suerte que no fueron vanos los presentimientos del bendito Caracciolo; y si leemos algunas páginas de sus Anales, encontraremos que el P. Beyras, varon santísimo, que tenia por costumbre y devocion el ir á esplicar la doctrina á los hijos de los gitanos, fué apedreado al volverse una tarde á su convento; que el hermano Pedro Vaceto, viniendo de recojer limosna, le despojaron de cuanto traia unos malhechores que salieron del ventorrillo referido; al P. Francisco de Avila, hombre apostólico, que se detuvo á reprender á unas mugeres lascivas frente á aquella bayuca, le soltaron desde allí dos perros para que le despedazasen, amansándolos el religioso con el imperio de su voz para confusion de aquellas gentes depravadas. Juan de Flisco, sacerdote eminente en santidad de vida, vió á dos jóvenes que salian desafiados del tiro del florin, y queriendo detenerlos recibió una estocada. Empero dejemos á un lado los sucesos del convento del Espíritu Santo, pasando por alto la magnificencia con que le edificaron luego sus esclarecidos patronos los

(1) Con referencia á las lágrimas de la Magdalena.
(2) S. Joan. XX, 2.
(3) Anales de los Clérigos menores, fundacion de la casa del Espíritu Santo.

Duques de Hijar, cuya religiosidad le trocó en uno de los templos mas suntuosos de la Corte, templo que mas tarde sucumbió á las voraces llamas levantadas por la mano vengativa de los partidos (1), y tratemos tan solo del objeto de la presente historia.

CAPITULO II.

Soror Maria de San Pablo funda el convento de las Concepcionistas Recoletas en una de las casas del ejemplar Sacerdote Jacobo de Grattis.—*Levántase de nueva planta el monasterio y la iglesia á espensas de varios bienhechores de esta comunidad.—Sale desterrada una religiosa de esta casa, la que muere perseguida en Italia.—Cruel asesinato de una joven antes de tomar el hábito.—Muerte de Soror Maria de San Pablo, á quien sucede la madre Ana de San Antonio, en cuyo tiempo se concluyen las obras del convento.*

I.

Luego que el General D. Francisco Ramirez y su muger Doña Beatriz Galindo, la *Latina* (2), fundaron su hospital en la plaza del mercado de la Cebada (3), frente á la ermita de San Millan, intentó Doña Beatriz establecer al lado del hospital mencionado el monasterio de religiosas del Orden de San Gerónimo bajo la advocacion de la Concepcion Inmaculada; pero habiéndose opuesto el Guardian y frailes del convento de Jesus María, tuvo que desistir de su proyecto, fundando el monasterio en sus casas, que entonces estaban frente al viñedo de Santa Cruz. Luego la Orden de San Francisco le rogó fundase otro convento para religiosas Concepcionistas calzadas de la misma Orden seráfica; y como Doña Beatriz era tan virtuosa, olvidó su resentimiento con los frailes, accediendo á sus deseos. Para llevar adelante su pensamiento compró una gran parte de terreno á la villa de Madrid, terraple-

(1) En el año 1823, estando oyendo Misa en este templo los principales gefes del ejército francés, estalló un horroroso incendio.

(2) Llamáronla asi por sus conocimientos en la lengua latina, la que tambien enseñó á la Reina Católica.

(3) Aquí era donde los labradores venian á vender sus granos.



B. Blanco, dib.r y lit.r

Lit. de S.tos Gonzalez. Madrid

LA V. M. SOROR MARIA DE S. PABLO,

Abadesa y fundadora.



nando á su costa el gran foso que llamaban de la Cava Alta (1). Entre tanto se suscitaron tambien pleitos con la fundadora, porque sus herederos decian que con tantas fundaciones consumia el patrimonio que á ellos debia corresponderles. Empero Doña Beatriz para estas obras pías solo empleaba la parte libre de sus caudales sin perjudicar á sus deudos. Construyóse el convento y la hermosa huerta que aún existe, á cuya espalda estaba el santuario de Nuestra Señora de las Angustias, que mandó edificar Don Luis Gaitan de Ayala, Corregidor de Madrid, cuya imagen regaló mas adelante el Ayuntamiento á las religiosas, porque estas generosamente dieron á la Villa unos cuantos pies de terreno al abrir la calle de la misma Cava Alta, pero á condicion de que se habia de poner en la esquina un retablo con otra imagen de la Virgen para conservar la memoria de aquel histórico santuario, lo que así se verificó, permaneciendo allí el mencionado retablo hasta que últimamente se mandó quitar de allí como todas las demás imágenes que la devocion de muchos vecinos conservaba en diferentes sitios. Terminada la construccion del convento, y puestas en él las religiosas, se abrió su iglesia al público, siendo muy frecuentada por los fieles. Vivia entonces ó poco despues en Madrid una joven llamada Amalia, la cual contaba la edad de 20 años, siendo el objeto de los obsequios mas espresivos de los caballeros de la Corte. Habitaba sola, fastidiada de la galantería de los hidalgos; apenas salia de su habitacion; y rara vez permitia que la visitasen. Un joven paje del Conde de Lerma era el que mas padecia con esta resolucion, lamentándose de contínuo de su mala suerte: pero este llegó á ser un dia el gran privado del reino. Lo cierto es que Amalia vistió el traje de Concepcionista en el convento de la *Latina*, siendo su madrina Doña Beatriz Ramirez de Baquedano, Marquesa del Castellar, no muy á gusto del paje, quien pasaba algunas horas de la noche rondando el monasterio, lo que

(1) En tiempo de los árabes hubo dos minas ó cavas por donde salian al campo por debajo de la puerta llamada de Moros, la cual, aunque estuviese cerrada en ocasion de guerra, ellos podian salir y entrar en la villa, llamándose por la posicion del terreno Cava Alta y Baja.

alarmó á la comunidad, oponiéndose á la profesion de aquella, que tuvo que salir del convento, siendo luego admitida en clase de comensal en el de Santa María de los Angeles, que fundó la Señora Doña Leonor Mascareñas, antigua aya del Rey D. Felipe II. De aquí fué tambien espulsada, porque el paje no se apartaba del monasterio. Viéndose esta joven tan perseguida se colocó de doncella para asistir á la esposa del Secretario Antonio Perez; pero ella, cual hermoso pájaro, suspiraba por el brillante cielo que se habia visto obligada á abandonar, echando de menos los bosques y los olivos santos, la montaña de la perfeccion religiosa, el melodioso murmullo de la divina salmodia; así era preciso que fuera á ostentar su lucido plumaje entre las esposas del Cordero. Por lo que la esposa del Ministro pidió que volviera á vestir el hábito, no ya en los conventos de donde habia salido, pero sí en el de religiosas Franciscas de la villa de Rejas, deslumbrando los ojos de aquellas vírgenes con los ricos colores de sus galas en el dia sus desposorios con Jesucristo. Como la apreciaba tanto la esposa de Antonio Perez hizo que la comunidad se trasladase á la Corte, erijiéndose entonces el convento de Constantinopla; pero habiendo ocurrido el asesinato de Juan de Escobedo, Secretario de D. Juan de Austria, y la caida de Antonio Perez, salió desterrada de Madrid para el castillo de Pinto la Princesa de Evoli y para el convento de Santa Clara de Valdemoro nuestra religiosa, en donde encontró dura hospitalidad, por haberlo prevenido así la orden. El paje atrevido escaló de noche aquel monasterio, por lo que fué apresado, y hubiese sufrido pena mayor á no haber mediado la influencia de su amo, que ya desempeñaba el cargo de primer Ministro. Nuestra religiosa fué llevada al monasterio de Franciscas descalzas de Santa María de Pedralbas, no distante de Barcelona; allí fué á posar su alegre vuelo: de allí salió á diferentes fundaciones, preparándose á las penas que le venian encima, y á las grandes contradicciones que esperimentó despues. Sin embargo, ella fué la admiracion de cuantos la conocian; nadie vió su hermoso rostro, siempre le tenia cubierto con un tupido velo, y siempre estuvo siendo víctima de una trama misteriosa diestramente urdida, y

cuyo hilo en balde trataba de descubrir. Convencida de su inocencia ofrecia á Dios sus tribulaciones, mientras que el corazon de sus contrarios ardia en deseos de venganza. Ella podia esperar su triunfo en la perdicion de su rival, pero este pensamiento era muy cruel, y no podia abrigarlo el pecho de una religiosa, noble y sencillo. Encerrada, por último, en el convento de Franciscas del Corral de Almaguer, suspiraba el dia feliz de la reforma de aquella casa, que estaba reservada para otra religiosa muy conforme con su espíritu de perfeccion y de santidad.

II.

Una hija de nuestra coronada villa, llamada Soror María de San Pablo, religiosa del convento de la Concepcion Francisca, sobre cuya cabeza parece que brillaban las estrellas del cielo, porque solo amaba la soledad y el silencio; sublime en sus palabras, llenas de dulzura y de agrado, poseyendo siempre el mayor prestigio entre sus hermanas, fiel y constante en sus votos, encontrando en ella todos madre, hermana y familia, asemejaba á aquellas almas exentas de pecado, que encierran en sí la ternura, la santidad y la fe. Era una muger sábia, pero que no rendia culto á la ciencia; imbuida siempre en las mas bellas doctrinas de la religion, dulce imitadora de las máximas penitentes de su querúbico Patriarca.

Su gran fondo de instruccion, de talento y de bondad hizo que el Consejo de las Ordenes la elijiese para la reforma de algunos conventos, entre otros el del Corral de Almaguer.

Salió, en efecto, del de la Concepcion Francisca, dirijiéndose al mencionado del Corral de Almaguer, encontrando una completa simpatía en el corazon de la que allí estaba confinada, dándose ambas un mútuo abrazo, principiando despues á la reforma de aquel monasterio, que las dos redujeron al primitivo fervor y al mas exacto cumplimiento del código que escribió el serafin de Asís.

Un angel que cantaba á los sonidos de un laud anunció en dulce poesía la fundacion del convento de Santa Ursula de Alcalá

de Henares, y aquella serenata celestial se vió cumplida muy luego, mandando el mismo Consejo de Ordenes que saliera otra vez Soror María de San Pablo del convento de la *Latina* para instituir aquel, pidiendo la venerable Madre que la acompañara la religiosa que estaba confinada en el monasterio del Corral de Almaguer; y ambas fueron á establecer la clausura, llenas de un espíritu sublime, y á recibir los votos de varias vírgenes que llegaban coronadas de mirto y de rosas al pie de los altares.

Caminaban juntas, apoyadas en sus báculos, atemorizadas no poco por la oscuridad de la noche, cuando vieron que se acercaba á ellas una sombra casi invisible á no ser por la luz de las estrellas que de repente iluminó aquella especie de fantasma. «¿Quién sois?» esclama Soror María de San Pablo con voz lastimera. Y el aparecido le contesta: «Voy en peregrinacion al desierto de Bolarque, porque no temo á la noche ni á la soledad, hora en que se reunen los ángeles, y mi espíritu alcanza á ver á Dios en sueños: ningun temor me agita; no preveo peligro alguno, porque Dios está conmigo; así duermo en los bosques á la sombra de las alas del Eterno.» Y al concluir estas palabras vieron desaparecer al peregrino que de improviso se les habia presentado. Y mas adelante se dejó ver de ellas un perro, que las guió alegremente hasta Alcalá de Henares.

Concluida su mision propagadora quedó nombrada Abadesa la religiosa qué acompañó á Soror María, volviéndose esta á su convento de la *Latina*, en donde esperó una oportunidad para fundar las Recoletas.

Santas y piadosas eran sus intenciones, pero muchos é insuperables los obstáculos que se le presentaban para realizar sus proyectos. El P. Provincial de los seráficos estaba opuesto á la Abadesa de Santa Ursula, á quien privó de ejercer este cargo, prohibiéndole tambien la salida á nuevas fundaciones, lo mismo que á Soror María de San Pablo.

Empero un pensamiento que parecia un rayo de luz del cielo ilustró á nuestra insigne fundadora; carecia de los recursos necesarios para establecer un convento, pero en cambio tenia fe; y he

aquí que escribiendo á la Duquesa de Escalona, esta le proporcionó un privilegio de 200 ducados de renta, que estaban destinados á obras pias. Llamó tambien al Sacerdote Jacobo de *Grattis*, quien se presentó en el monasterio, donde habló con la venerable Madre, quien le pidió la capilla de San José y la casa contígua á esta para fundar allí el convento de las Concepcionistas. El ejemplar Sacerdote, que era sumamente piadoso y pródigo, consintió en la proposicion de Soror María, resultando de aquella conferencia santa la ocasion de realizarse los deseos de nuestra religiosa. Acordaron reunirse en el mismo sitio para arreglar definitivamente lo concerniente á la fundacion. Y en efecto, Jacobo hizo cesion solemne de la capillita y casa en favor de la venerable Madre, solicitando el permiso del M. R. Arzobispo de Toledo D. Fr. García de Loaysa, cuyo Prelado impetró la Bula de Su Santidad, que vino despachada autorizando á Soror María de San Pablo para que llevase adelante, sin obstáculo alguno, la fundacion de su monasterio, redactando ella misma las constituciones que habian de observar las Recoletas.

El Arzobispo alcanzó tambien el Real privilegio espedido por el Supremo Consejo de Castilla y del de Ordenes para la institucion de esta nueva comunidad, y cumplidas todas las formalidades canónicas, se hicieron las obras necesarias para que habitasen las religiosas aquel provisional convento.

III.

El dia 5 de enero del año 1603 mandó el Arzobispo de Toledo que se reuniesen en el convento de la Latina las cofradías y hermandades con sus respectivas insignias, y lo mismo las comunidades de religiosos que habia en la Corte, asistiendo el Cabildo con sus cruces parroquiales. A tan solemne acto concurrió el Magistrado municipal con sus maceros, clarines y atabales; presidiendo el Corregidor de Madrid. Revestido de Pontifical el Obispo de Cartagena de Indias, y asistido de los ministros que previene el Ritual, salieron en lucida procesion del convento mencionado, llevando de la mano á Soror María de San Pablo la Condesa del

Castellar, á Soror Ana de San Antonio la Duquesa de Escalona, á Soror Ana de San Francisco la Duquesa de Francavila, y á Soror Isabel de San Agustin la Condesa de Benavente, lujosamente vestidas, llevando detrás multitud de pajes y criados con riquísimas libreas. A las religiosas y á las señoras las custodiaba la Real guardia de archeros de Borgoña. Así se dirijieron al nuevo convento, donde el Vicario eclesiástico esperaba con su tribunal á recibir á nuestras religiosas. El Sacerdote Jacobo hizo entrega de las llaves en una batea de plata al mencionado Vicario, y este las puso en manos del Guardian del convento de San Francisco; pero el Vicario, al tomar posesion de la capilla, abrió y cerró el Sagrario, subiendo despues al púlpito, y el P. Guardian tomó posesion del confesonario, pasando á abrir la puerta reglar; significando así que la jurisdiccion del templo pertenecia al Arzobispo de Toledo, pero que la comunidad estaba sujeta á la obediendia de la Orden seráfica. En seguida se entonó el *Te Deum*, enclaustrándose despues las religiosas. Las Madres Ana é Isabel eran sobrinas de Soror María de San Pablo; y tanto estas como Soror Ana de San Francisco tomaron el título de fundadoras.

Su vida fué una continuada penitencia; las paredes del convento estaban salpicadas de sangre por las muchas disciplinas que se daban, principalmente en los viernes de Cuaresma; su traje no era otro que una túnica interior de grosera estameña, y otra esterior ceñida con la cuerda Franciscana: iban descalzas, sin otro abrigo que unas alpargatas de cáñamo, y un manto corto azulado, un tocado ordinario alrededor del rostro, y un largo velo sobre la cabeza. Sus celdas eran pobrísimas, sin otro ajuar que un banco de madera para el descanso nocturno en las pocas horas que le tomaban; su comida muy frugal; y su regalo consistia en el ayuno. Consagradas á la oracion y al silencio vivian gozosas estas castas servidoras de Cristo. Empero Soror María de San Pablo pidió para este convento á aquella religiosa que la acompañó á la fundacion del de Santa Ursula, y en efecto, muy luego vino á esta casa. Aquella religiosa, sin embargo de sus años y de su rostro arrugado por los trabajos y la penitencia, aparecia magestuosa, y

de un caracter siempre igual; sus facciones estaban llenas de severidad y de franqueza, reinando en ella una calma y una seriedad inefable, inspirando respeto á todos los que la trataban. Soror María la llamaba madre, y las demás religiosas abuela; era muger elocuente, y estaba adornada de los mas nobles sentimientos. Las principales señoras de la Corte pasaron á visitarla, admirando todas su virtud y resignacion santa. La Duquesa de Gandía la solicitó para el monasterio de las Descalzas Reales, pero ella renunció á su oferta. Doña Ana Felix de Guzman, Marquesa de Camarasa, le ofreció un palacio para que le trasformase en convento y fuese allí con las demás Recoletas, pero tampoco aceptó, aconsejándole, sí, que fundase una casa para la Compañía de Jesus, cuyos Padres fueron los que mas la ampararon en sus persecuciones. El Cardenal Conde de Lerma la visitó igualmente y por el afecto que despues le tuvo quiso edificarles el monasterio; pero distraido con los negocios de la Corte no llevó á cabo su pensamiento. La Reina Doña Margarita de Austria, acompañada del Rey D. Felipe III. noticiosos de la fama de nuestras religiosas, pasaron á su humilde convento, con cuyo fausto motivo dispuso Jacobo de *Grattis* que hubiese fiesta solemne, en la que ofició de Pontifical el Arzobispo de Santiago, Capellan mayor del Rey, concurriendo la música de su Real cámara y sus Capellanes.

SS. MM. en esta ocasion visitaron aquel pobre y humilde asilo en que moraban nuestras virtuosas Concepcionistas; salieron al mirador, que tenia una balaustrada de palo, viendo desde allí un jardinillo donde habia una hermosa mata de claveles; mucho celebró la Reina su belleza, por lo que Soror María de San Pablo bajó á cortar una porcion de aquellas flores, poniéndolas en manos de S. M., quien las recibió con señalada demostracion de aprecio.

Preguntó el Rey á Soror María quién era el dueño de las dos casas inmediatas, contestando esta que lo ignoraba; pero Jacobo de *Grattis* dijo al Rey que pertenecian al Arzobispo de Santa Fe, nuevamente consagrado, y á un Magistrado ó Alcalde de Casa y Corte, cuyos nombres tomó el Monarca, despidiéndose de las religiosas y del Patrono, dándoles á besar sus Reales manos. El Conde

de Lerma quiso entonces anticiparse á los deseos del Rey, comprando aquellas fincas para labrar el convento á las religiosas, pretestando que no lo habia hecho antes por estar su casa todavía atrasada por las grandes sumas que habia invertido en las fundaciones de los conventos de Santa Catalina de Sena, de San Antonio el del Prado y de la casa profesa de los PP. Jesuitas; pero Jacobo, como Patrono, quiso hacerlo por sí. Permítasenos aquí una observacion: nadie se acordaba de nuestras religiosas, todo eran ofertas cortesanas; mientras ellas vivian entre el rigor de las leyes que voluntariamente se habian impuesto, entusiasmada su alma aspirando solo las cosas celestiales, y despreciando los bienes de la tierra y sus afecciones, sufrian las incomodidades de la estrechez, carecian de recursos, no contaban mas que con una corta renta; pero en cambio se consideraban felices con el cariño de su divino Esposo. Jamás les aflijió el verse pobres y olvidadas; por el contrario, nunca estuvieron mas tranquilas. Pero resonaron los ecos de la trompeta que llevó á sus lábios la fama de la Real privanza, y al punto los magnates del poder quisieron erijir templo y altares en aquel asilo honrado por los Monarcas. El príncipe de los ingenios, el inspirado Cervantes, describió bien la lisonja de aquellos mismos cortesanos en su composicion poética sobre la mata de claveles, cuando dijo «que los cinco claveles mejores quedaban dentro del convento,» con alusion á las religiosas.

Movióse gran disputa entre el Conde de Lerma y Jacobo de Grattis sobre la adquisicion de las fincas, pretendiendo este último como Patrono hacer valer su derecho. Pero el Conde de Lerma insistia en su proyecto, resuelto á trasladar las religiosas á otro punto, donde él les edificaria convento. Don Rodrigo Calderon, gran privado del Conde, ofreció á las religiosas toda clase de proteccion si admitian la oferta de su señor; pero estas se escusaron, manifestando humildes ser la voluntad del Altísimo vivir en aquella pobre casa. La astuta religiosa tan perseguida conoció á Don Rodrigo, saludándole con afectuosa calma; y él quedó admirado del cambio de las facciones de aquella, á la que no habia visto hacia muchos años. En efecto, era la primera vez que la veia desde

la noche en que asaltó el convento de Santa Clara, retirándose de su presencia bastante conmovido. Empero le volvió á llamar, proponiéndole que fundase un convento de religiosas en memoria de sus estravíos, para pedir indulgencia al cielo. Don Rodrigo así lo hizo, fundando en Valladolid el Monasterio de *Porta-Cœli*, de religiosas de Santo Domingo, llamadas vulgarmente *las Calderonas*.

La Reina Margarita regaló un clavel al Arzobispo de Santiago, otro al Conde de Lerma y otro al Alcalde Solórzano, cuya hija tomó el hábito en el convento de nuestras Recoletas, siendo su madrina la Reina, quien le regaló una preciosa corona de claveles, denominándose Soror Margarita de San José; cuya entrada fue suntuosa, dándole el velo el Arzobispo de Santa Fe á presencia de los Reyes, con un numeroso concurso de personages.

IV.

Ya rugia la tormenta sobre la cabeza del Conde de Lerma, atribuyendo algunos, aunque infundadamente, su caida á este Monasterio; mas otras fueron las causas de su destierro, ocurrido en 1615. Don Rodrigo Calderon era el primer Ministro de la Corona; su rival lo era el Conde-Duque de Olivares. Don Rodrigo fue padrino de cinco religiosas que aquí tomaron el hábito. Felipe III seguia visitando á esta comunidad, y con mucha frecuencia su Ministro, por lo que todos consideraban que la religiosa que vino de Alcalá á este convento era la persona de mayor valía que existia en la Corte; todos ansiaban su trato, todos la adulaban enviándola ricos presentes; pero ella, cuanto recibia lo ponia á disposicion de su Abadesa. Como el Marqués de Siete-Iglesias no devolvia visitas ni las hacia á ningun personaje, llamaba mucho la atencion pública al verle asistir tanto al Monasterio de S. José; y de aquí el inferir sus adversarios que esta era la oficina de los negocios de Estado, y nuestra religiosa la mano que le guiaba en todos los asuntos. Nada de esto fue exacto, porque las religiosas han vivido siempre agenas á los sucesos políticos, ignorando todo lo que pertenece al siglo.

El Arzobispo de Santa Fe, D. Bernardino de Almansa, fue promovido á Primado de las Indias, esto es, Arzobispo de Santo Domingo, nombrándole tambien Consejero de Estado, y al Licenciado Francisco Solórzano se le elevó tambien á la categoría de Consejero; divulgándose al momento que habian obtenido los dos estas dignidades por la influencia del convento, sin atender los que así hablaban á los relevantes servicios y estraordinarios méritos de los dos agraciados.

Luego que el Arzobispo estuvo en la Corte, dió principio á las obras de este convento, demoliendo su antigua casa, y lo mismo hizo el Consejero Solórzano, construyendo el primero la capilla mayor con su retablo, el cual era todo dorado al gusto de aquella época, colocando en medio, de talla, una imagen de la Purísima Concepcion vestida de los rayos del sol; á los lados se pusieron cuatro pinturas originales del famoso Claudio Coello, que representaban á San Francisco de Asís, á San Antonio de Padua, á San Joaquin y á Santa Ana; y en el cuerpo ático ó remate del mismo altar se colocó otra pintura del mencionado aventajado artista, en que estaba representada la Sagrada Familia, titular de este Monasterio.

El prelado hizo tambien labrar su tumba á instancia de las religiosas, abriendo un arco en la pared del presbiterio sobre la puerta de la sacristía al lado del Evangelio, consistente en una estátua de piedra con vestiduras pontificales, arrodillada sobre un almohadon, con su reclinatorio por delante cubierto con el gremial, y debajo habia una rotulacion.

El crucero con su cúpula se edificó á devocion de D. Juan de Solórzano, poniendo allí dos memorias sepulcrales, una enfrente de otra, para su enterramiento y el de su esposa Doña Juana Paniagua, que consistia tambien en dos estátuas de piedra arrodilladas en ademan de orar. A sus espensas se hicieron igualmente los dos colaterales, cuyas pinturas trazó Juan Carreño de Miranda, las que significan, la una al Patriarca S. Francisco en un desierto pronunciando la palabra divina, que escuchaban las aves con sus picos abiertos apoyadas en las ramas de los árboles, y la otra á

S. Antonio de Padua sentado en una roca á las orillas del mar, predicando, á cuyos divinos ecos salian multitud de peces á oirle.

V.

Una muger natural del reino de Valencia fue á cumplir cierta promesa á Roma, donde un escultor griego le vendió una imagen muy pequeña de la Virgen: la muger volvió á España, viniéndose á Madrid con una hija que tenia, las que alquilaron para vivir una de las casas de Jacobo de Grattis: ambas eran muy pobres, y la madre estaba ciega, de modo que su hija, para mantenerla, se dedicó á hacer flores, vendiéndolas despues. Vivian cerca del convento, y las religiosas oian cantar á la muchacha mientras ejecutaba las labores; su voz era dulce y melodiosa, y ella muy inclinada á la poesía, de modo que el mayor gusto de Soror María de San Pablo era oir los sublimes versos que dedicaba á la Santísima Virgen, improvisados por la misma joven, que siempre se reducian á implorar su proteccion y amparo. Su letra revelaba la posicion triste de ambas; de consiguiente su tono era patético, porque cuando domina la melancolía, mal se avienen los sonidos alegres con el estado penoso de la persona angustiada. Aquella era la única distraccion que á nuestra virtuosa joven le proporcionaba su melancolía. Las religiosas, con el fin de socorrer á la joven poetisa, le encargaban algunas obras de flores, que á la verdad no necesitaban; pero como en las comunidades religiosas siempre han encontrado consuelo los desvalidos, he aquí que desde entonces aquella infortunada joven halló en Soror María la áncora de su esperanza. Sin otro recurso que la corta labor de una muger, vivian llenas de privaciones, y al fin sucumbió su madre, mas por sus padecimientes que por sus años. Las religiosas, viéndola en tan duro trance, la enviaron una cantidad de limosna para que enterrase á su madre, y no pudiendo solventar los alquileres del cuarto en que vivieron, le rogó á Jacobo que aceptase la imagen de la Virgen y los cortos muebles que poseia. El ejemplar Sacerdote solo tomó la imagen por aprecio, dándole tambien como limosna una crecida suma. La joven sacando de una cajita una sarta de perlas, le dijo

que aquel collar pertenecia á la Virgen, y que á pesar de su indigencia jamás lo habian querido enagenar. Jacobo aceptó tambien, dándole otra cantidad por él á la huérfana, la que le dijo que ambas sumas las iba á guardar, á fin de reunir dote para ingresar religiosa si la querian admitir en el convento inmediato. Viendo esta resolucion el Sacerdote le ofreció completar el dote que le faltaba, á lo que ella contestó agradecida que aquel favor se lo debia á la *Virgen de la Gracia*, por lo que Jacobo le conservó este título, y la joven, al tomar el velo, se denominó Sor María de Gracia.

Para dar culto á la imagen hizo Jacobo labrar á su costa una capilla, que era la primera del lado del Evangelio bajando del presbiterio, mandando en su disposicion testamentaria le enterrasen en la misma capilla, como se verificó despues de su muerte, que ocurrió en 1619, á la edad avanzada de 102 años, dejando una memoria indeleble de sus virtudes y caridad ardiente, que parecia estar toda depositada en el compasivo corazon de este ejemplar sacerdote, quien no obstante los estravíos de su juventud supo vencerse á sí mismo, porque no se apagó en su alma la antorcha de la fe, temiendo á Dios aun en medio de sus crímenes: prueba de que la conciencia de lo justo y de lo injusto no se habia borrado de su alma por efecto de la pasion á que tan locamente se habia abandonado. Pero nunca se ahogaron en él los sentimientos de que estaba lleno su corazon, pasando por las emociones fuertes y trágicas que nos ofrece su historia: emociones que despues supo resistir, porque su alma se encaminó á la virtud con las máximas saludables de los varones insignes que le rodearon, entre otros el Beato Simon de Rojas y S. Francisco Caracciolo. Habló con los Santos, y se hizo uno de ellos; corrió el tiempo, y siguió sus pasos. Tuvo un sentimiento de alegría cuando supo que se aproximaba á la muerte, moviendo su trémula lengua para alabar á Dios, y bendiciendo su nombre augusto espiró.

Su disposicion testamentaria fué dejando su patrimonio al convento, á su congregacion, y á los pobres. Su cadaver, amortajado con las vestiduras sacerdotales, fue conducido en procesion fúne-

bre, asistiendo muchas comunidades religiosas y clero. Su féretro le llevaban los individuos de las dos Congregaciones del Santísimo, y le seguian multitud de indigentes que lloraban sin cesar su muerte, confundiéndose con los cánticos sagrados los lamentos de los pobres, eco triste, pero que penetraba en los cielos. Sus funerales duraron por espacio de nueve dias, siendo enterrado en el testero de la capilla de Ntra. Señora de la Gracia. Por delante se puso una reja de hierro, desde la que se veia su ataud; debajo una rotulacion en una piedra; y encima de la reja su retrato.

Su nombre ha pasado al través de los años y todavía no se ha perdido su memoria: por el *Caballero de Gracia* le conoce Madrid, por su oratorio y por el título de la calle. Pero justo será tambien que le conozca y recuerde por sus virtudes, las que tal vez, segun piadosa creencia, le habrán colocado en la esfera de los inmortales, como un astro iluminado por el rostro divino del Altísimo. Hasta ahora solo se le considera como á sacerdote ejemplar, esperando el juicio de la Iglesia; y acaso otra generacion alcance á ver declaradas por la Santa Sede heróicas sus virtudes, si cumple asi á la voluntad del Escelso.

VI.

La gran Soror María de San Pablo, descendiente segun algunos de una prosapia ilustre, dotada de un corazon de fuego y de un alma poética, posesionada desde sus primeros años de un buen patrimonio, renunciando á beber, como otras tantas jóvenes opulentas, á grandes tragos la embriagadora copa del placer en el seno de las pomposas fiestas de la Corte que fué su cuna; Soror María de San Pablo vivió exenta de la ambicion, tuvo imaginacion, fortuna y talento sin la inspiracion de gloria. En su casa se reunian los pobres y los enfermos, entre los que distribuyó sus bienes, optando por la vida del claustro; aquella muger singular nunca temió los peligros; aceptaba todos los compromisos que se le presentaban; inspiraba valor á sus hijas, y las sostenia en las tribulaciones. Los instrumentos mas seguros de su triunfo no fueron otros que la mortificacion y la aspereza; en su pecho habia un germen de vir-

tud destinado á formar el corazon de sus hijas; sus consejos fueron saludables, su conciencia la de los justos, y su espíritu era una semilla fructificadora. Henchido de esta suerte su corazon con el amor divino, cual si fuera á rompérsele el pecho apenas podia ya suspirar, anhelando solo una gran victoria sobre la carne, que se le consumia con el fuego del amor sagrado como la llama consume la vela de cera. Y á la manera que el santo legislador de Israel ambicionaba caudillos que guiasen á su pueblo, del mismo modo Soror María de San Pablo, antes de espirar, esclama: ¡Pluguiera al cielo que mis hijas fueran santas! Y su lengua parecia moverse como inspirada del espíritu del Dios vivo. Llamó á Soror Ana de S. Antonio, recomendándole el celo por la observancia religiosa, rogándola que dirijiera á aquella comunidad en adelante; y despues de una fervorosa conferencia con ella, esperó con tranquilidad santa el fiero golpe de la muerte.

Sus hijas lloraron inconsolables sobre su cadáver, como en otro tiempo lloraron David y los de Jabes sobre los cuerpos inanimados de Saul, Jonatás y Abner. Su alma ya habia volado entre el dulce y sagrado viento, y entregado su cadáver al sueño de la muerte, no despierta al escuchar el triste gemido de sus hijas, que ornan su fria frente de flores, observando aquellos ojos vidriosos que no respiraban ya amor ni vida; y besándola muchas veces la amortajan, y la conducen al coro entre cánticos y lágrimas.

Los sacerdotes esparcen sobre su mortal rostro el perfume del incienso, llevándola con triste pompa los religiosos seráficos sobre sus hombros, precediendo la Comunidad de San Francisco y nuestras Recoletas con antorchas en las manos, entonando el himno de los difuntos, mezclándose las voces de las religiosas con las de los frailes seráficos. Dirigiéronse todos á la bóveda, donde reconocido el cadáver se vió aquel rostro mas pálido que el marmol, pero revelando la serenidad con que habia muerto: sus facciones no tenian espresion dolorosa, porque su alma habia aspirado siempre á la santidad de vida. Depositáronla en lugar preferente, y así terminó aquella patética ceremonia.

VII.

Muerto Felipe III en 1621 y proclamado Rey Felipe IV, ocurrió la prision del Duque de Osuna, Virey de Nápoles, encerrándole en la fortaleza de Alameda, y luego fué ajusticiado en la plaza mayor de Madrid D. Rodrigo Calderon, Marqués de Siete-Iglesias, Conde y Señor de la Oliva. De allí á poco se acordó el confinamiento de aquella religiosa que vino de Alcalá de Henares, haciéndola salir para Italia á pretesto de nuevas fundaciones. Su partida fué muy sensible para las Religiosas, que sabian que iba á apurar el cáliz del dolor, porque la mas embozada política se habia conjurado contra aquella anciana Madre, ejemplo de ternura y modelo de virtud. Emprendió su viaje con la mayor paciencia, recelando toda la estension de su peligro; llegó á Italia, pasando á un convento de Religiosas en Gaeta; cruzó sus calles con rápido vuelo pero con ojo observador, siendo el tipo y el dechado de todas las virtudes, trabajando mucho para llevar adelante la reforma; mas las contínuas guerras de aquellos paises y las revoluciones hicieron huir á las comunidades religiosas de sus conventos, refugiándose en diferentes ciudades y pueblos. Pero en una salida que se vió obligada á hacer en momentos de horror y de alarma, la dejaron caer con tan gran violencia que se le fracturaron las piernas. Aun hallándose tan lastimada no perdió el conocimiento, ántes por el contrario, altos y sublimes pensamientos absorbian su alma, y en el entusiasmo de su corazon le causaba grande alegría la misericordia de Dios en medio de aquella prueba dolorosa que sufria. Su rostro revelaba lo abrasada que estaba en el amor divino; gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y su boca solo se abria para articular plegarias de resignacion. Retirada á un monasterio de Religiosas, les dijo á estas que la muerte era generosa con ella porque habia detenido su fiero golpe, dándola tiempo para morir entre sus queridas hermanas, rodeada de ellas. La anciana Madre se sonreia con la mayor calma, debilitándosele la voz á cada palabra que les dirigia, dándoles contínuos abrazos de gratitud; pero ya le faltaba el pulso. Sus hermanas la cubrian de los mas tiernos besos, separándola de ellas la muerte; su alma huyó

de la tierra para volar al cielo, mientras sus angustiadas hermanas oraban por ella con el mayor fervor.

Sucumbió por fin aquella muger de talento y de encantadora versatilidad; aquella muger, sí, que sabia plegar su inteligencia al alcance de todos los que la trataban; la que siempre supo dirigir sus pasos sin seguir otra luz que la de su inalterable pureza; la que nunca transigió con los abusos, y sí por el contrario los arrancó de raiz, introduciendo siempre la mas saludable reforma, pero con tan esquisito tino que nunca pareció que violaba, sino que establecia. Fué una muger adornada de gracias muy peregrinas: su palabra y su mirada eran mágicas, haciendo participar á todos del encanto de su alma. Aunque habia sido tan buena, el mundo no supo apreciarla, y sí perseguirla hasta poner fin á su existencia. No fué suficiente el que ella se aislara de la sociedad ocultándose en el retiro del claustro, y trocara su rica imaginacion por la pureza de la virtud; allí la alcanzó tambien la persecucion, arrancándola del seno de sus hermanas, para enviarla á morir violentamente á tierras estrañas.

Concluyamos. Trascurridos algunos años, la comunidad del convento llamado del *Caballero de Gracia* gestionó para recojer el cadáver de la venerable anciana, lo que pudo conseguir, no sin grandes obstáculos. Al hacer su exhumacion se le encontró conservado de un modo maravilloso, las facciones del rostro perfectamente distintas, sacándole de la tumba envuelto en un sudario, amortajado con el hábito de Religiosa recoleta, que era el mismo que llevaba cuando vivia, cubierta la cara con el velo. Asi fué encerrada en un féretro de madera, y enviada á España en tiempo del Rey D. Felipe IV, depositándose en Madrid en el monasterio de donde habia salido desterrada. Aqui se le hicieron los honores fúnebres con la mayor solemnidad y ceremonia, al depositar sus restos mortales en el panteon de las religiosas.

VIII.

Seguia al frente de esta comunidad como Abadesa la referida Madre Soror Ana de S. Antonio, muger famosa por sus virtudes y

por su penitencia, aunque bastante quebrantada de salud por sus contínuas vigilias y cuidados. Durante su prelacía se terminaron las obras de la iglesia, cuyos diseños encargó á un discípulo del maestro Sillero. Ya hemos dicho que la primera capilla del lado del Evangelio, bajando del presbiterio, la mandó edificar el *Caballero de Gracia.*

Pero la segunda la hizo construir Francisco Monzon, escribano mayor que fué de esta Villa, dándole la Abadesa el terreno, y permitiendo además que en su bóveda se sepultase su cadáver y el de su esposa María de Testa, y tambien sus hijos y sucesores, á condicion de hacer el retablo y colocar en él una imagen del bendito S. Diego, en cuya capilla habia fundada una memoria de Misas sobre los productos de una casa en la calle del Clavel (1), la cual cumplia uno de los capellanes de este monasterio.

La tercera capilla la adquirieron los alguaciles del tribunal de la Inquisicion, los cuales formaban una hermandad de Montepio, venerando una imagen de Ntra. Señora de la Soledad, que era una pintura antigua. De la misma capilla salian los acompañantes con chias negras y capiruzos cuando habia autillo, para conducir á los reos al patíbulo.

La primera capilla del lado de la Epístola la mandó construir Doña María de Castilla, en memoria de la muerte violenta que sufrió su hija Doña María de la Almudena Gentili, la que fué así. Enamorado de ella un soldado de las Guardias españolas, deseoso tambien de sus muchas riquezas, la pretendió para esposa; ella le desengañó, diciendole que su único anhelo consistia en ser religiosa. El soldado, para distraerla, parece que buscó á un pintor, haciéndole que le pintase con el uniforme de gala en un pilar de la cerca del convento de las Mercedarias calzadas de San Fernando, cuya fundacion habia verificado hacia poco tiempo la Marquesa de Aguila-Fuente. El soldado tuvo aquel capricho para que la joven le recordara viéndole siempre que saliese de su casa, que estaba en-

(1) Denominóse del Clavel por la opinion vulgar de que por una de estas flores se les habia labrado el convento á las Religiosas, regalándoselе la Reina al Arzobispo.



frente (1). Como con esto nada conseguia, sabiendo por otra parte que la mencionada joven iba á vestir el hábito en el convento del Caballero de Gracia, se llenó de amargura su alma, avergonzándose de la repulsa que le habia dado la virtuosa joven, por lo que se resolvió á asesinarla, verificándolo en ocasion que volvia á su casa despues de haberse confesado con el P. Vicario del monasterio donde trataba de tomar el velo. Aquel sitio era muy desierto en aquellos tiempos, de cuya soledad se aprovechó el perverso soldado para cometer su crimen. Siguió á la joven desde su casa al templo, y de aquí tambien á su regreso, alcanzándola junto á la cerca de la huerta de las monjas, donde la dió una estocada mortal. La inocente víctima cayó al suelo, cortándole en seguida la cabeza, que ocultó en un saco, llevándola al convento, y la dejó en el torno, despues de haber anunciado á las religiosas que les traia un donativo de parte de la joven que iba á ingresar allí al siguiente dia. Soror Isabel de San Agustin, que era la tornera mayor, tomó el bulto que el soldado traia, escapando este al instante. La religiosa dió un espantoso grito al tomar el saco teñido en sangre, lo dejó en el suelo, acudieron las demás poseidas tambien de terror, sacaron la cabeza, cuyos ojos estaban entreabiertos, y es tradicion que con voz debil dijo á la Abadesa: ¡Madre!.... vertiendo sus ojos una lágrima, y elevándolos al cielo se cerraron para siempre. Las religiosas la conocieron, y lloraron con el mayor desconsuelo.

El asesino fué detenido en la calle viéndole tan ensangrentado; le condujeron á su cuartel á presencia de su gefe, que lo era el Marqués de Villalba D. Lorenzo Gomez de Figueroa, ante quien declaró su crimen.

El Capitan mandó que inmediatamente fuese encerrado en un calabozo, exhonorándole despues para entregarle á la justicia ordinaria, quien le condenó á la última pena, cuya sentencia tuvo cumplimiento en la plaza Mayor de Madrid, en el sitio en que se verificaban las ejecuciones de horca, mutilándole la mano despues

(1) De aquí tomó el origen la calle llamada así.

de muerto, la que enclavaron en un palo, poniéndola para escarmiento en el sitio del asesinato.

En cuanto á la joven fue enterrada en el panteon de la comunidad, amortajada con el hábito de Recoleta, el mismo que tenia preparado para su ingreso. Cuéntase que esta joven se dejó ver de las tres fundadoras, adornada su frente con guirnaldas de rosas, llena de alegría por la felicidad que esperimentaba, motivada á haber ofrecido á Jesucristo su amor, su juventud y su hermosura, renunciando el amor profano. Sí, ellas la vieron, quizá porque por sus virtudes fueron dignas de esta aparicion: ellas la observaron sentada sobre nubes, iluminando su rostro una brillante aureola. No en vano apareció nuestra joven, segun las leyendas. El reo permanecia impenitente, negándose á la reconciliacion que le proponian los Sacerdotes, insistiendo en el pensamiento horroroso de que era muy grave su delito para esperar la indulgencia de Dios, y que así solo debia aguardar el condigno castigo. El venerable Sacerdote Góngora permanecia á su lado, exhortándole á que no desconfiase nunca de la misericordia divina; pero todo en vano, porque no se alejaba de él la idea de que habia incurrido en la indignacion del cielo, y que para él no habia perdon. La ínclita Mariana de Jesus y su compañera Catalina de Cristo redoblaron sus penitencias, pidiendo al Señor desde su solitario asilo que comunicara sus auxilios poderosos á aquel desgraciado, y no le dejara morir en tan espantosa desesperacion.

Y como es tan grande la influencia de los bienaventurados, he aquí por qué Dios permitiria que la joven apareciese á las religiosas revelándoles su dicha, y diciéndoles tambien que aconsejaran á aquel hombre que se reconciliase con su Dios, que deseaba perdonarle, pues ella tambien le habia perdonado en los momentos de su muerte, porque era preciso que ella huyese de la tierra para acercarse al cielo. Que rechazara aquel sombrío pensamiento de desconfianza y se entregase al arrepentimiento y al dolor, y de este modo borraria el pasado. Y diciendo esto desapareció de la vista de las religiosas, cantando con alegría: «¡Soy feliz!»

Soror Ana de San Antonio avisó al Sacerdote Góngora refirién-

dole la aparicion de la joven asesinada, cuyo igual y exacto relato escuchó de las otras fundadoras, y al punto corrió á ponerlo en conocimiento del reo, diciéndole que Dios era justo, y que no abandonaba á sus criaturas porque sucumbieran á la fragilidad humana; que Dios era infinitamente misericordioso, y que no maldecia mas que á los perversos que se negaban á arrepentirse de sus culpas. El condenado á muerte estaba ya acometido de una repentina locura, de un frenesí estraordinario, amarrado con gruesas cadenas, lanzando llamas feroces por sus ojos, tirantes sus músculos é hinchadas sus venas, entreabiertos sus lábios y apretados sus dientes; un furor implacable le animaba, mientras que los ministros de justicia y los carceleros le oprimian con nuevas esposas. En aquel estado llegaron á la puerta del calabozo Mariana de Jesus y su compañera, empezando la primera por dirijirle la palabra con aquella afluencia divina con que el Señor la habia enriquecido, y mientras ella hablaba parecia que el alma del criminal se entusiasmaba impetuosamente, concibiendo esperanzas de salvacion. El cielo envió á María Ana de Jesus para preparar la conversion de aquel hombre. Ella pidió á Dios que apareciese el alma de la joven, si así cumplia á sus divinos designios, y al punto, serpeando los relámpagos sobre su cabeza, alzó su dedo señalando á la joven aparecida, quedando iluminado repentinamente el calabozo por los rayos de luz celestial en que venia envuelta la sombra gloriosa, que se detuvo frente al reo. Entonces, llena de júbilo el alma del criminal si bien sorprendido y asustado con la inesperada y milagrosa aparicion, dobló sus rodillas delante del Sacerdote, rogando que le escuchara en confesion. Aquel hombre singular y terrible se vió bien pronto trasformado en un genio de dulzura y tranquilidad, invadido de lisonjeras y fundadas esperanzas mas allá del sepulcro. Con la sonrisa en los lábios y con un fervor santo caminaba al suplicio, bendiciendo á Dios, siendo ya supérfluas las cadenas que le amarraban, porque él ya solo anhelaba morir para volar al cielo. Baste decir que sus fervorosas plegarias y su alegría santa arrancaron lágrimas de ternura al inmenso concurso que asistió á la ejecucion, en la cual no le abandonó el Sacerdote Góngora, ni los

religiosos Franciscanos, cuyo Guardian Fr. Francisco de Arévalo dirijió al pueblo una elocuente exhortacion desde el tablado al lado del cadaver, en la que refirió la doble y misteriosa aparicion de la joven víctima, por permision de Dios, en el convento y en el calabozo, para conquistar el alma del reo, ya en vísperas de la muerte.

La tia de la joven pidió permiso al Cardenal Portocarrero para colocar en la capilla una imagen de Jesus crucificado, titulado del Amor, estableciendo una memoria anual de 600 ducados de renta para el culto de la santa efijie, y una capellanía con obligacion de celebrar dos Misas en cada semana. Se enterró en el panteon de la misma capilla.

La segunda capilla, en que se veneraba San Juan Bautista, pertenecia á Juan Diego de Ayala y Lujan, regidor que fué de esta villa, en cuya bóveda estaba sepultado. Fundó otra memoria de Misas y una obra pia en favor de los pobres feligreses de la parroquia de San Ginés (1), y una manda para las religiosas, consistente en darles el dia de Navidad dos corderos desollados con una percha de pavos, siendo obligacion de la comunidad poner un brasero lleno de ascuas en la iglesia en la Misa de la media noche. El Patrono hizo todos estos buenos oficios por haber entrado religiosa en el mismo su hija Catalina de Ayala, llamada en el claustro Soror María Catalina de San Juan Bautista.

La última capilla del mismo lado la mandó edificar D. Pedro de Castro, Conde de Andrada, dedicándola á Santa Cecilia; tenian en la bóveda el enterramiento sus poseedores, cumpliéndose tambien otra memoria de Misas y aniversarios.

El Arzobispo de Santo Domingo, en su testamento, designó bienes para la terminacion de las obras del Convento, dejando por patronos á los Condes y Señores del mayorazgo de Rivas, quienes cumpliendo con su última voluntad, entregaron á la comunidad cuantiosas sumas al efecto, con las que se edificó el monasterio y la iglesia, haciendo trasladar á su panteon el cadáver del Prelado, que falleció fuera de la Córte, en un pueblo donde habia pasado á restablecerse de su quebrantada salud. Muy solemnes fueron sus

funerales, á los que concurrió la gente mas principal de esta Villa, las Comunidades religiosas, el clero, y el Arzobispo de Toledo, que le hizo los honores de sepultura.

IX.

La Madre Ana de San Antonio dejó una memoria imperecedera á esta Comunidad, en cuyo beneficio gastó los dias de su juventud: sus guirnaldas jamás se marchitarán en la historia. Fiel discípula de Soror María de San Pablo, su tia, la supo imitar siguiendo sus pasos y sus virtudes. Fué un verdadero tipo de penitencia y de mortificacion; no pensó en otra cosa que en su salvacion y en la de sus hijas, esperando en las misericordias del Señor: así bajó á la tumba coronada de méritos y de buenas obras.

La Madre Isabel de San Francisco tambien ejerció el cargo de Prelada, en cuyo tiempo se adquirieron muchas alhajas de oro y plata para la sacristía, y preciosos ornamentos, como tambien riquísimos tapices y colgaduras. Fué religiosa muy observante, evitando siempre el trato con los magnates de la Corte que deseaban visitarla por el alto concepto que habian formado de ella, la cual solo deseó contribuir á la gloria de Dios. En su época ocurrió el ruidoso espediente de las religiosas benedictinas del Monasterio de San Plácido; oyéndole decir á esta venerable Sierva de Dios, que todo aquello no era otra cosa que ambicion y astucia de un hombre pérfido, que engañaba á aquella Comunidad respetable. La tierra y todos sus pensamientos estaban borrados del alma de esta religiosa insigne, quien para todos sus actos y determinaciones recurria á Dios, rodeando su corazon del baluarte de la fe. Tuvo revelacion de los ultrajes que se estaban cometiendo con una Imagen de Jesus Crucificado por unos judíos, y de los prodigios que el Señor obraba en la casa donde esto ocurria, que estaba muy proxima al Monasterio: y conmovido su corazon se la veia azorada de espanto puesta á los pies de un Crucifijo, estendidos sus brazos, exhalando tiernos gemidos. Y como las religiosas le preguntasen cuál era la causa de sus angustias, solo les contestaba: ¡Oh! sí, una cosa terrible pasaba cerca de nosotras. ¡Me estremezco de

horror! No los maldigo: pido á mi Padre que está en el cielo, que los convierta. De allí á poco fueron entregados los factores de tan odioso atentado al tribunal de la Inquisicion, y quemados fuera del portillo de Santo Domingo.

Devorado el cuerpo de esta religiosa por los rigores de la penitencia, y sin poder dar mas vuelo á la pasion que sentia por su Divino Esposo, adornó su lámpara como virgen prudente para salir á su encuentro. Enfermó de amor, pero sin la reaccion del remordimiento, antes con la mayor tranquilidad de conciencia. Abrió sus ojos al cielo cuando conoció que estaba próxima á morir, y sin hacer movimiento alguno, su alma valerosa rompió los lazos que la ataban á la vida, y voló abriéndose paso entre las nubes.

Réstanos solo hablar aunque brevemente de la Madre Ana de San Francisco, de esta flor adormecida durante los dias de su vida, embalsamando el aire con el inefable aroma de sus virtudes; la cual desde muy niña, como sencilla tórtola, se acojió al asilo seráfico para salvarse del naufragio del mundo, viviendo tranquila como la eternidad, en un horizonte donde no sentia la brisa del siglo, sin perder su inocencia. Fija siempre su mente en los padecimientos de Cristo, las lágrimas corrian abundantes por sus mejillas. Vivia tan contenta en el claustro, que se creia la mas feliz de los mortales, porque amaba á su casto Esposo con el amor de las vírgenes, y se sentia correspondida por Él. Su alma estaba enriquecida con gracias estraordinarias, brillando en ella la virtud de la obediencia y de la humildad; ella sola hubiera bastado para establecer con su ejemplo reglas pára la vida religiosa. Ocupada siempre en ganar los corazones para Dios, labraba su eterno porvenir con una paciencia y asiduidad admirables: con esta esperanza estuvo observando una vida santificada, haciendo grandes progresos su alma. Todo lo bueno parecia que estaba encerrado en su corazon. Fiel discípula de Jesucristo y sencilla en su vida, perseveró guardando la mayor rigidez hasta el último dia de su peregrinacion en la tierra, conservando siempre el entusiasmo de la fe mas pura. Así, con mirada tranquila y frente de serenidad dijo á sus hermanas al tiempo de morir: «La paz sea con vosotras;» y su voz

penetró en el alma de aquellas: y cruzando sus brazos sobre el pecho hizo su viaje, pasando de las tinieblas á luz, del dolor al placer, de la corrupcion á la inmortalidad.

Los retratos de nuestras fundadoras fueron colocados en la iglesia sobre las cuatro primeras capillas, para memoria de esta Comunidad y donde el público tambien las recordase. Dignas, dignísimas fueron de este obsequio, y de la gratitud de sus hijas y hermanas. Su ejemplo servirá siempre para alentar á los débiles en la via de la virtud que ellas siguieron, virtud austera é inflexible.

X.

Corrian los años de 1660, cuando llegaron á Madrid, no sabemos con qué objeto, unos Senadores italianos; traian consigo la venerable efigie de una Virgen, á la cual profesaban particular devocion. Una joven virtuosa acompañaba tambien en clase de comensal á esta ilustre familia, la cual pretendió tomar el hábito en este Monasterio, y en el que ingresó como religiosa de obediencia, ó sea de velo blanco. Cumplido el tiempo de su noviciado hizo su profesion solemne, tomando entonces el nombre de Soror María de Loreto.

En grande aprecio, como tesoro de inestimable valor, conservaban en su oratorio los ilustres y piadosos italianos la Imagen de Ntra. Señora; mas esto no fué obstáculo para que en obsequio de la Virgen se desprendiesen de lo que para ellos constituia el mas rico tesoro de su patrimonio: era preciso que la sagrada efigie recibiera culto público; que la contemplaran absortos y rendidos á sus pies sus mas fieles servidores; y para esto ninguna ocasion mas favorable que la que se les presentaba con la profesion solemne de la virtuosa Soror María de Loreto. Esta religiosa aceptó con la mayor complacencia el rico presente con que la obsequiaban sus antiguos Señores, y ofreció cumplir fiel y fervorosamente su voluntad, cuidando de la Imagen con esmero, y adornándola con todo el lujo que le fué posible.

Era entonces grande y ostentoso el culto de esta Imagen, y por el pronto quedaron satisfechos los laudables deseos de sus bien-

bechores. Empero con la muerte de Soror María de Loreto decayó repentinamente su culto, hasta el punto de quedar olvidada en un oscuro rincon de este Monasterio. Por entonces tambien ocurrieron en Madrid grandes turbulencias contra el P. Nithard, aleman de nacion, de la Compañía de Jesus, favorito de la Reina Gobernadora Doña Ana de Austria, el cual se hallaba predicando en la profesion solemne de Soror María Margarita de la Cruz, de quien fue madrina la Reina, cuando una turba de alborotadores penetró en el templo dando estrepitosos silbidos, teniendo precision los caballeros que asistian á la ceremonia de sacar las espadas para defender el decoro del santuario. Allí se vieron salir mezcladas las Señoras que vestian ricos trajes de sedas y de terciopelo, con la gente vulgar que prorumpia en maldiciones contra el jesuita y los personajes que allí se hallaban asistiendo al acto de la profesion de aquella religiosa, cuyo rostro estaba cubierto de una palidez mortal, temerosa de aquel populacho que gritando pedia que la espulsasen del Convento; pero cerráronse las puertas y se despejó la calle.

Durante la regencia de la Princesa Doña Margarita de Austria se hicieron cuantiosos donativos á este convento, porque la Reina estimaba mucho á nuestras virtuosas Recoletas; y como ingresaron tambien en clase de religiosas muchas jóvenes de alta clase, se las denominaba las *Señoras del Caballero de Gracia*, cuyo personal hubo época en que llegó al número de 33 religiosas, pidiendo muchas señoras principales de la Corte sus hábitos para mortaja. Las rentas de esta comunidad no eran pingües, pero sí las suficientes para sufragar sus gastos y sostener el culto divino, consistiendo estas en algunas fincas que les dejaron voluntariamente sus bienhechores, las que se iban reparando con los dotes que llevaban las religiosas á su entrada. Estaban sometidas, como ya hemos dicho, á la jurisdiccion del P. Ministro General de la Orden de San Francisco, y por delegacion suya al P. Provincial de Castilla, nombrando el Guardian del convento de Jesus María un Vicario para la direccion espiritual de las religiosas. Como en esta casa habia fundadas muchas capellanías y aniversarios, era atribu-

cion de la Abadesa conferirlas á los eclesiásticos seculares que ella elijiese para cumplirlas.

No es posible enumerar las muchas pinturas é imágenes que habia en el interior del monasterio, tanto en sus oratorios ó capillas como en la sala capitular y en el coro. Tampoco podemos referir los ricos ornamentos y demás alhajas de plata y de oro que en su sacristía conservaban, y que muchas de ellas debieron perder en la invasion francesa, y otras antes, cuando las tropas del Archiduque Carlos de Austria ocuparon á Madrid, en cuyas épocas tuvieron que abandonar el convento las atribuladas religiosas, por no verse espuestas á actos de vandalismo y de barbárie.

Pero dejando aparte otros sucesos de menos importancia, debemos consignar aquí que siempre fue esta comunidad un modelo de penitencia; que consta que por el método riguroso de vida que observaban duraba cortos años su existencia, bajando la mayor parte muy jóvenes al sepulcro, como sucedió á la Madre María Ana de San Diego, dama de la Princesa de los Ursinos, que murió en un Viernes Santo á la hora de las tres de la tarde, arrebatada de un éxtasis profundo contemplando las agonías de Jesus, encontrándola vestida interiormente de un áspero cilicio. Está se cree fue la que trajo á este convento una pintura de Jesus crucificado que hoy se tiene en mucha devocion y culto. La villa y Corte de Madrid siempre tuvo en mucho aprecio y veneracion á esta comunidad, porque nunca faltaron en ella religiosas muy venerables y dignas de admiracion: por eso tuvieron particular complacencia en visitarlas Felipe III, Felipe IV su hijo, Carlos II, Felipe V y Fernando VI; el mismo Carlos III, cuando concurria á examinar las obras de la puerta de Alcalá y del Prado, se detenia á su regreso á referir los adelantos de las mismas obras á nuestras Recoletas, haciéndolas subir á los miradores para que las viesen. Fernando VII tambien las visitó á su regreso de Francia; y á imitacion de estos Monarcas las obsequiaban los Prelados, los Grandes y los títulos, quedando todos muy complacidos de su afable trato.

El monasterio conservó siempre el aspecto sombrío de la Reco-

leccion Franciscana, revelando que aquel no era otra cosa que un asilò pobre de mortificacion y de penitencia, que para nada se comunicaba con el mundo, sin embargo de estar situado en una de las calles mas públicas de la Corte. Siempre fue esta casa una de las margaritas mas preciosas del racional Franciscano.

CAPITULO III.

Traslàdase la comunidad al monasterio de la Concepcion Francisca, y se derriba el convento de S. José.—Nuevo restablecimiento de las religiosas en diferentes puntos de la capital.

I.

Mas de 230 años de existencia contaba el convento de S. José de Jesus María, cuando sopló el viento helado de los acontecimientos; cuando fueron arrancadas de su morada aquellas doncellas desvalidas, aquellas vírgenes consagradas al Señor, libres de la corrupcion del mundo, ocupadas perennemente, como dice un sábio publicista (1), en levantar sus manos al cielo para atraer hácia la tierra el rocío de la Divina misericordia; considerándolas como un legado funesto de la ignorancia y del fanatismo.

Empero adoremos los decretos del Altísimo, y respetemos la mano escondida de la Providencia, que dirije con su infinita sabiduría así los destinos de las naciones como la vida del mas despreciable de los séres. Nada adelantaríamos con lamentarnos un dia y otro de los míseros males que traen consigo las revoluciones; sí deploramos que la vida de los pueblos no se desenvolviera suavemente por evoluciones sucesivas, pues tal es la marcha providencial que se descubre en el fondo de la sociedad y en las inquebrantables leyes de la razon. Pero Dios, á no dudarlo, permite esas calamidades para castigar grandes ofensas; y en cualquiera parte que descubrimos su huella, nosotros adoramos sus divinos é impenetrables designios.

(1) D. Jaime Balmes.

II.

La mas terrible acusacion pesaba sobre una religiosa de esta casa, y sobre la comunidad misma; la policía, llena de las mayores sospechas, conocia que la justicia la obligaba á recurrir al Gobierno y á comunicarle sus presunciones, por vagas que estas fuesen.

El Juez tomó declaracion á las religiosas acerca de ciertos rumores misteriosos que por Madrid corrian como seguros; y por no aumentar la tristeza de estas angustiadas vírgenes, dejó presa en el mismo convento á aquella religiosa que iba á encausar. Empero invadido el monasterio de orden superior por la fuerza armada y por el tribunal civil (1), arrancó del claustro á la mencionada religiosa, trasladándola en un carruaje á depositar en una casa particular (2), donde los Jueces siguieron las actuaciones, creyéndola inocente y seducida. Allí fue reconocida por los facultativos (3) acerca de ciertas señales que se decia que la espresada religiosa tenia impresas en su cuerpo por un poder sobrenatural. Formósele un ruidoso espediente, recayendo la sentencia de confinamiento, por lo que fue llevada entre tanto á un establecimiento de reclusion (4). Y mas adelante se la hizo salir de la Corte con direccion á Talavera de la Reina (5), recayendo tambien sentencia sobre la comunidad; motivo por el que se la sacó de su convento, trasladándola en carruajes al monasterio de la Concepcion Francisca (6), llenas de susto y de horror estas religiosas, suplicando á todos se compadeciesen de ellas, dejándose en su propia casa tantas preciosidades abandonadas.

Al llegar al Monasterio de la Concepcion Francisca abrieron el féretro de Soror María de San Pablo á presencia de la autoridad

---

(1) En 9 de noviembre de 1835.

(2) En la calle de la Almudena, núm. 119, cuarto bajo, cuya casa hoy se ha construido de nuevo.

(3) Sres. Argumosa, Seoane y Gonzalez.

(4) En el convento penitencial de Sta. María Magdalena, llamado de las Recojidas, en la calle de Hortaleza.

(5) Encerrándola en el monasterio de la Madre de Dios.

(6) Plazuela de la Cebada.

eclesiástica, y encontraron que el cadaver de esta venerable Madre se hallaba bien conservado, revelando en sus facciones el sueño pacífico de la muerte (1). Despues abrieron tambien el ataud de la respetable anciana, cuyo rostro aún manifestaba la sensacion que se sigue á una muerte violenta (2).

III.

El monasterio de San José de Jesus María se mandó demoler por orden de la Junta superior de enagenacion de edificios de conventos suprimidos, lo que sabido por la V. Congregacion del *Santísimo Sacramento*, reclamó á la Visita eclesiástica y al Gobierno los restos mortales de su fundador el ejemplar sacerdote Jacobo de *Grattis;* y obtenido el permiso para verificar su exhumacion, pasó una comision especial de sus individuos á la capilla de Ntra. Señora de la Gracia, donde se hallaba enterrado este siervo de Dios, estrajeron la caja funeraria, y silenciosamente la tomaron sobre sus hombros, trasladándola á la iglesia del Oratorio, en la que esperaba la Congregacion y el clero con la cruz y ciriales, y procesionalmente siguieron cantando el *Te Deum* hasta colocar el féretro en medio del templo, abriendo la caja el Hermano mayor (3) y el Preste, que lo era el Coadjutor espiritual (4). Reconocidos los huesos y el cráneo, volvieron á cerrar el ataud, conduciéndolo á la sacristía, en la que quedó depositado hasta que se le construyó la urna de madera que se colocó en uno de los postes, entre las columnas del lado de la Epístola, poniendo encima su retrato, y debajo la lápida de piedra que antes tenia con una rotulacion latina (5).

Trasladado el *Santísimo Sacramento* á la parroquia de San Luis, recojidos los ornamentos, vasos sagrados y demás objetos desti-

---

(1) Amortajáronla de nuevo con otro hábito.

(2) Tambien la vistieron con diferente traje: tenia tronchadas las canillas de las piernas.

(3) D. Tomás Cortina, Asesor de la Real Casa.

(4) D. Pedro Rico y Amat, Capellan mayor de la Real Capilla de la Encarnacion.

(5) La traslacion se hizo el dia 30 de setiembre de 1836.

nados al culto, aquellos que no pudieron llevarse las religiosas, y apagadas las lámparas, los comisionados de Amortizacion se llevaron las pinturas, las imágenes y los retablos (1), empezándose luego el derribo del edificio, destruyéndose las tumbas, y arrojándose los cadáveres, que, entre otros, lo fueron el del Arzobispo de Santo Domingo, cuya mómia todavía conservaba las vestiduras pontificales, y su traje el jurisconsulto Solórzano. Veíase entre los escombros un esqueleto de enorme altura, y otra mómia que sacaron del poste frente al púlpito, que era la de un capitan de los tercios de Flandes, que se le conocian perfectamente las ropillas. Tambien estrajeron el esqueleto de Soror María de San Diego, que estaba en la bóveda de la comunidad, antigua dama de la Marquesa de la Torrecilla (2), que fue su padrino el Marqués de la Ensenada (3), cuyo esqueleto estaba cubierto de cilicios, y tenia un pedazo de velo sobre la calavera. Por todas partes se veian cráneos, canillas y otros despojos de la muerte, que nos parecia oirles decir: «Sed piadosos, y cubridnos con una capa de tierra» (4).

IV.

La comunidad del Caballero de Gracia vivia en el convento de la Latina, donde tambien se hallaban otras tres comunidades con la de la casa, cuyos monasterios tambien habian sido demolidos (5); y aunque muchas de las religiosas habian sucumbido de afliccion y de hambre, las que todavía quedaban estaban apiñadas por falta de localidad, sufriendo muchas incomodidades, careciendo del corto desahogo que en sus monasterios tenian, observando diferente método de vida unas de otras, viviendo mortificadas en todo y por todo, como quien habita por fuerza en casa agena, y sin derecho

(1) Al ex-convento de la Trinidad, hoy Ministerio de Fomento.

(2) Vivió con su Señora en su propia casa en la calle de Alcalá, donde hoy están las Peninsulares.

(3) Don Cenon de Somovilla y Bengoechea.

(4) Estos cadáveres y los demás huesos se cargaron en carros, llevándolos á enterrar al cementerio público, fuera de la puerta de S. Fernando ó de Bilbao.

(5) Los Angeles y Constantinopla.

ni posesion del terreno que pisa; molestadas las hospitalarias y las huéspedas, padeciendo estas y aquellas, y todas sumidas en la penuria (1), sin poderse socorrer, pues si una comunidad tenia pan para alimentarse frugalmente, otra no podia llamar á refectorio, porque nada tenia. No obstante, se repartian el pan mútuamente, y esto sucedió muchas veces.

Baste decir que fueron tantas las que fallecieron, que fue necesario el adoptar enterrarlas en las capillas de la huerta por haberse ocupado ya las sepulturas del coro (2).

V.

A espaldas de la casa del Duque de Medinaceli, y en su propio ámbito, estaba, como ahora, la capilla de Jesus Nazareno, muy rica á principios de este siglo, y contíguo á ella el convento de los Trinitarios Descalzos, fundado á espensas del Cardenal Duque de Lerma (3), en cuyo templo se veneraban los preciosos restos del patriarca San Juan de Mata.

Destruido el templo mencionado y mutilado el edificio, como tambien el embovedado de la capilla, durante la invasion francesa, hubo necesidad de rehabilitarlo provisionalmente en los años de 1814 para residir en él la comunidad, sirviéndoles de iglesia la capilla de Jesus, mientras trataban de edificar de nuevo el templo y parte del convento; pero hallándose ya muy adelantadas estas obras ocurrió la última exclaustracion, incautándose el Gobierno del edificio; llevándose á depositar la imagen de Jesus á la iglesia parroquial de San Sebastian, donde estuvo espuesta al culto público mas de 13 años.

Entre tanto el convento se destinó á colegio de cadetes de infantería; pero las reclamaciones del Duque de Medinaceli, como

(1) Por el considerable atraso con que percibian sus cortos haberes en aquella época.

(2) Desde tiempos muy remotos se enterraban las religiosas de esta casa en el coro.

(3) Estuvieron en este convento el Beato Juan Bautista de la Concepcion, San Miguel de los Santos, y el V. Fr. Tomás de la Natividad.

patrono, hicieron que el Gobierno se le entregase, y luego que se posesionó de él lo cedió para que le habitasen las religiosas que fueron del Caballero de Gracia, en atencion á habérseles derribado su monasterio, costeándoles el Duque las obras mas precisas para que le habitaran, dándoles tambien la capilla, á la que fue devuelta la efigie de Jesus Nàzareno.

VI.

Corria el año de 1849, cuando la Presidenta de esta comunidad fue otra vez desterrada de la Corte por suponerla influyente en un cambio ministerial, teniendo que partir para Badajoz, donde permaneció poco tiempo, pues muy luego volvió otra vez al convento de la calle del Fucar (1).

En la calle alta de Leganitos (2) aún se conservaba la casa antigua de los Duques de Osuna (3), y su capilla dedicada á la Concepcion, que tenia culto público y Misa de una en los dias festivos, y á los lados de la puerta estaban como ahora los escudos de armas con corona ducal y el caballo con alas, y debajo el lema en que se lee: *Mas vale volando*.

Pero hacia ya mas de 40 años que esta capilla estaba cerrada. Adquirió este edificio y capilla el Real Patrimonio, haciendo en él muchas mejoras, y lo mismo en la capilla, dándoselo á las religiosas que estaban en el convento de Jesus, trasladándose á él en 1851.

Pero en 1852, creyendo complicada tambien á la Prelada en el atentado del 2 de febrero, la espulsó el Gobierno fuera del reino con orden de pasar á Roma, y á las demás religiosas las llevaron al Monasterio de las Descalzas Reales, si bien la desterrada no pasó de Montpeller, volviendo á España y quedándose en Toledo.

El Real Patrimonio reclamó el edificio de la calle de Leganitos

---

(1) Se denominó así por los dos opulentos banqueros alemanes que vivieron en ella.

(2) Llamada así por las fuentes y huertas que allí habia.

(3) Cuando murió el Duque de Osuna la dejó su viuda la Condesa de Benavente, trasladándose á la casa que tenia en la cuesta de la Vega.

para establecer en él otra vez la comunidad del Caballero de Gracia; pero el Gobierno se lo habia dado á los Misioneros de San Vicente de Paul, por lo que tuvo que compensar con otro al Patrimonio.

El monasterio de Monserrat, situado casi á la conclusion de la calle Ancha de San Bernardo, le mandó construir el Rey D. Felipe IV en 1639 para los monjes castellanos de la Congregacion de San Benito, que fueron espulsados del célebre Santuario de Cataluña por los monjes naturales de aquel principado (1), bajando de la montaña procesionalmente con cruz y ciriales, viniendo descarriados á la Corte, en la que el Rey los recibió, dándoles para su morada la Quinta del Condestable, en el arroyo de Abroñigal, donde por lo insalubre del sitio enfermaban los mas, motivo por el que el monarca les hizo labrar el monasterio mencionado, el que quedó sin acabarse, como vemos hoy. Ocupáronle los monjes Benedictinos hasta la guerra de la Independencia, y despues hasta el año 1820, y luego hasta la última exclaustracion, en que se instaló allí la casa reclusion de la Galera, que estaba frente al cuartel de la calle del Soldado.

Preciso fue para dejar desocupado Monserrat y entregarlo al Patrimonio, el pasar las mugeres reclusas al presidio-modelo, en la calledel Barquillo, y llevar los presidarios á Alcalá de Henares; y verificado esto, se procedió á hacer nuevas obras en el monasterio de Monserrat para la traslacion de las religiosas

La Prelada vino á Madrid desde Toledo en 1854; pero en 1855 se la notificó una Real orden para que inmediatamente saliera de la Corte confinada á Baeza, pasando despues á Benavente, y desde este punto á Torrelaguna, en donde hizo una reforma en las Concepcionistas, que adoptaron muchas de las religiosas del monasterio de Monserrat, pidiendo pasar á reunirse con su Abadesa á Torrelaguna, por lo que quedó casi despoblado el convento de la calle Ancha, permaneciendo en él las antiguas religiosas del Caballero de Gracia, que se separaron enteramente de las reformadas.

(1) Llevaban muy á mal los catalanes el que el Abad fuera siempre por lo regular castellano.



CAPITULO IV.

Establécense las Concepcionistas reformadas en el convento de San Pascual de Aranjuez.— Verifícanse además otras fundaciones.

I.

El convento de San Pascual de Aranjuez le mandó construir el Rey D. Carlos III á su arquitecto-ingeniero el General D. Francisco Sabatini, para los religiosos Franciscos Descalzos de la reforma de San Pedro de Alcántara, cuya comunidad gozaba de grandes privilegios Reales, siendo el oficio de Guardian uno de los primeros destinos de la descalcez.

La fachada del templo conserva el orden dórico con columnas y pilastras, y el interior participa del mismo gusto que la portada: tiene cuatro capillas con verjas, y la mayor desde el crucero se cierra con otra verja de madera. Todos los retablos están formados de bellos mármoles, y antiguamente las pinturas que habia pertenecian al pincel del famoso D. Juan Bautista Tiépolo, pero estas se quitaron para poner otras de diferente autor.

El cuadro del altar mayor, que representa á San Pascual Bailon adorando al Santísimo Sacramento, es obra del insigne Mengs. A los lados se ven dos urnas con reliquias de San Pascual y de San Diego.

Al lado de la Epístola, en el colateral, habia una pintura que espresaba al Patriarca San Francisco de Asís, ejecutada por Don Francisco Bayeu, de cuyo autor es el cuadro de la Concepcion que está al lado opuesto.

Los cuadros que en la actualidad hay en las capillas los pintó D. Mariano Maella. Todo el embovedado está hecho á rosca de ladrillo, sin otra madera que la de las ventanas.

El interior del convento nada tiene de notable; solo el claustro, cuyos arcos son de piedra, y la huerta, que es muy espaciosa.

Conforme se sale de la iglesia, en cuya esplanada hay una cruz

de piedra, está á la izquierda el calvario, que todavía conserva algunas cruces, tambien de piedra, y allí se hacia la visita en los dias de Cuaresma.

II.

Este convento le ocuparon los religiosos hasta la exclaustracion, quedando cerrado muchos años: pero luego se establecieron en él los Misioneros de Asia, los que fueron á otro convento para traer al que dejaban las Concepcionistas del monasterio de Torrelaguna, que tomaron posesion en 17 de abril de 1857.

Hiciéronse en él nuevas obras sucesivamente para formar el noviciado y la enfermería, que los religiosos la tenian en frente donde hoy es el hospital; por lo demás el ornato de este convento es pobrísimo: solo se ven en los tránsitos colocadas grandes y toscas cruces de madera, y alguna que otra pintura de las que hubo antes en la iglesia. Las celdas son pequeñas, y el ajuar de cada religiosa consiste en una tabla de pino con un duro jergon de paja encima, dos sábanas de estameña con una manta ordinaria, y almohada, tambien de paja, sin funda; un banquito para sentarse, una cruz de palo y varias estampas de papel, con una cesta para su escasa ropa, una jarra de barro y un plato.

El refectorio es grande, pero con mesas y bancos de pino ordinario; y en él se ve un cuadro de Tiépolo que representa al Beato Andrés Ibernon, humilde lego de la religion seráfica, distribuyendo la comida á los pobres, y uno de estos menesterosos, para significar su hambre, tiene un raton en la mano en ademán de echarlo en el tazon en que espera la comida; advirtiéndose en la misma pintura retratada la indignacion de los demás pordioseros por aquel acto repugnante del pobre. La cocina es tambien notable por la limpieza y esmero que tienen en ella las religiosas de velo blanco, que son á las que está confiada esta oficina.

El convento goza de hermosas vistas, entre otras el monte poblado de olivos, el camino que dirije al mar de Ontígola, el Riajar, y otros sitios amenísimos.

III.

Venérase con mucha devocion y nombre en este monasterio una imagen de la Virgen que titulan del Olvido, Triunfo y Misericordias. Está colocada en la iglesia en el colateral de la izquierda bajando del presbiterio, entre un lindísimo pabellon de rosas, con un cristal por delante, y por la espalda se comunica con la clausura por medio de una ventana tambien con cristales. La imagen es muy pequeña; sus cabellos rubios, serpeando sobre su linda cabeza, tan estremadamente finos que pueden rivalizar con los hilos de seda; su cuello como el de un cisne; blanca su cara como el yeso mate; magnífica su mirada; bellos y espresivos sus ojos; enérgica y arrogante la cabeza; risueños sus lábios; sosteniendo con el brazo derecho un lindísimo Infante, entre cuyos deditos está abriendo una piña, mientras que la Señora con la mano izquierda deja caer perpendicularmente en toda la longitud de su altura una cadena de eslabones, que amarra á un fiero dragon que tiene á sus pies. El rostro del Niño asemeja á la rosa. Su altura es como de 3 cuartas, vestida con túnica encarnada, envuelta en airoso manto azul, calzada con cáligas de plata, apoyando sus pies en un alto pedestal.

IV.

Las religiosas de este instituto van descalzas, sirviéndoles de único abrigo unas sandálias de cáñamo; visten túnicas blancas de estameña, con un escapulario encima, ceñidas con el cordon seráfico, del cual pende un rosario, y otro llevan sobre el pecho, y pendiente del cuello un escudo de metal dorado: el manto es azulado, corto, con otro escudo bordado de seda sobre fondo blanco; le llevan en el hombro: el tocado es ancho, usando un largo velo. Toda la ropa interior es tambien de estameña.

Todo el año se levantan á las 2 de la madrugada para entonar los Maitines, y una gran parte del dia le ocupan en el Oficio divino y en las escuelas, donde dan la educacion gratuita á las niñas pobres que allí asisten.

Este convento está dedicado á Ntra. Señora del Olvido; la comunidad pertenece á la jurisdiccion del M. R. Arzobispo de Toledo, y la iglesia al R. Patriarca de las Indias; es de Real Patronato; y se halla en el término de la parroquia de Alpagés.

V.

En 30 de setiembre de 1859 se fundó el convento del Real Sitio de San Ildefonso, saliendo las primeras religiosas del convento de Aranjuez, el que sometieron á la jurisdiccion del Abad y Cabildo de la Colegiata de la Santísima Trinidad.

En 9 de diciembre del mismo año se hizo otra fundacion en el Pardo, llevando tambien religiosas de Aranjuez, cuyo monasterio es de la filiacion del mencionado Patriarca de las Indias.

En abril de 1861 fundóse tambien el convento del Real Sitio de San Lorenzo; y últimamente el del pueblo de Lozoya, ambos de la filiacion del M. R. Arzobispo de Toledo, llevando para los monasterios religiosas del de Aranjuez.

Los cuatro monasterios están sujetos á la M. Abadesa del de Aranjuez, quien los visita oportunamente para su buen régimen. En todos se observa el mismo método de vida, y en todos tambien se da culto á Ntra. Señora del Olvido, Triunfo y Misericordias, cuyos títulos llevan estos conventos, como tambien el de la Piedad y Victorias.

Se sostienen á espensas de sus régios patronos, mediante una asignacion que cada convento tiene señalada.

Esta obra se hallará de venta al precio de 12 reales cada tomo, en la librería de *D. Eusebio Aguado*, calle de Pontejos; en las de *Olamendi* y *Poupart*, calle de la Paz; en las de *Cuesta* y de *Hurtado*, calle de Carretas; en la de *Moro*, Puerta del Sol; en la de *Guijarro*, calle de los Preciados; en la de *Leocadio Lopez*, calle del Carmen; en la de la *Publicidad*, Pasage de Matheu; y en la de *Bailly-Bailliere*, plazuela de Santa Ana, hoy del Príncipe Alfonso.